

Ro #2
467

MEMORIA

ESCRITA

EN DEFENSA DEL MADRID VIEJO

PREMIADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID
EN EL CONCURSO CONVOCADO EL AÑO 1925 SOBRE DISTINTOS TEMAS
DE LA VIDA LOCAL

POR

DON JOSÉ BORDIU

LICENCIADO EN DERECHO



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

1926

114

MEMORIA

ESCRITA

EN DEFENSA DEL MADRID VIEJO

PREMIADA POR EL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE MADRID
EN EL CONCURSO CONVOCADO EL AÑO 1925 SOBRE DISTINTOS TEMAS
DE LA VIDA LOCAL

POR

DON JOSÉ BORDIU

LICENCIADO EN DERECHO



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

—
1926

1907 09211 111 12 13 14 15

1907 09211 111 12 13 14 15

INDICE

	Páginas
DEDICATORIA.....	5
<i>Comunicación del acuerdo premiando este trabajo por el Tribunal calificador que resolvió el concurso.....</i>	7
A GUISA DE PRÓLOGO.....	9

PARTE PRIMERA

<i>El carácter típico y tradicional de las ciudades.....</i>	11
<i>Madrid.....</i>	13
Rumboso y espléndido.....	15
Jaranero y verbenero.....	19
Galante y enamorado.....	23
Caritativo.....	24
Torero.....	25
De rompe y rasga.....	28
Heroico.....	29
Alegre y dicharachero.....	30

PARTE SEGUNDA

<i>El carácter típico y tradicional de las ciudades.....</i>	31
<i>Madrid Viejo.....</i>	32
Puerta del Sol.....	37
La Plaza Mayor.....	38
La calle Mayor.....	40
La plaza de la Villa.....	40
Puerta de Moros.....	43
Puerta Cerrada.....	44
El Salón del Prado.....	45
Jardines del Buen Retiro.....	47

PARTE TERCERA

<i>Monumentos característicos.....</i>	49
--	----

PARTE CUARTA

Legislación municipal que defienda el carácter típico y tradicional de la ciudad e impida la desaparición de sus monumentos característicos:

Antecedentes históricos.....	51
Las Ordenanzas municipales de Madrid.....	56
Junta de arte público	56
Disposiciones del Estatuto Municipal.—Juicio crítico.	57
Novedad en la legislación municipal de lo preceptuado en el Estatuto referente a la materia que tratamos.....	58
Bases para poder formular un proyecto de ley	59
Proyecto de ley para la defensa del carácter típico y tradicional de la ciudad e impedir la desaparición de sus monumentos característicos	60
CONCLUSIÓN.....	69

DEDICATORIA

Al Excmo. Sr. D. Francisco Ruano:

Pobres son, señor, mis cuartillas; mas aceptadlas, no como servil testimonio de un subordinado, sino como el fruto de una leal amistad y de una gran admiración,

El Autor



AYUNTAMIENTO DE MADRID

SECRETARÍA

NEGOCIADO PRIMERO

En la sesión celebrada por la Comisión municipal Permanente el día 24 del actual, de conformidad con el dictamen emitido en el Concurso de Memorias entre funcionarios municipales, correspondiente al año 1925, por el Jurado calificador, integrado por los Sres. D. José Gascón y Marín, representante de la Universidad Central; D. Ramón García Durán, de la Dirección general de Sanidad; D. Manuel Anibal Alvarez, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; D. Alfonso Peña Boeuf, de la Escuela Especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, y D. César Cort y Boti, de la Escuela Especial de Agricultura, se ha acordado otorgar al trabajo de que es usted autor, presentado al tema E, «Legislación municipal que defienda el carácter típico y tradicional de la ciudad e impida la desaparición de sus monumentos característicos», bajo el lema «Con el ocio lo lucido se desluc», el premio de 1.500 pesetas en metálico, con las demás recompensas que se enumeran en las bases del Concurso.

Al comunicar a usted el referido acuerdo, esta Secretaría se complace en manifestarle el agrado con que ha visto la laboriosidad e inteligencia demostradas por usted en el trabajo recompensado.

Dios guarde a usted muchos años.

Madrid, 27 de junio de 1925.

El Secretario,

Francisco Ruano

Sr. D. José Bordiu.

Ayuntamiento de Madrid

A GUISA DE PRÓLOGO

Era costumbre añeja y, a mi parecer, acertada, pero que fuése perdiendo en el correr de los días, el comenzar los testamentos con una invocación a Dios Padre y Creador de todas las cosas, no tan sólo para ratificar la fe cristiana de aquel que se veía en el apurado trance de poner en orden las cosas terrenas antes de emprender el definitivo viaje, sino también para suplicar una mayor inspiración en el equitativo reparto de sus bienes y haciendas. Por analogía, yo, cristiano viejo, aunque no voy a hacer testamento, al acometer la espinosa tarea de desentrañar el arduo problema en que me he metido y pretender emborronar con este motivo unas cuartillas, comienzo también haciendo una invocación al Cielo para que me ilumine y guíe hasta sacarme con bien de estos apuros. Y, a semejanza de aquel clérigo que floreció en el siglo XIII y que,

«Gonzalo de Berceo es por nombre clamado,
natural de Madrid, en San Millán, criado»,

comienzo mi prosa, al par que hago la señal de la Cruz, con las siguientes palabras:

«En el nome del Padre, que fizo toda cosa;
en el de Don Iesu Cristo, fijo de la gloliosa,
y en el del Espiritu Santo, que en pos de ellos posa»,

que aunque esto sea vestirme con plumas ajenas, ello tiéneme sin cuidado, y de honra me sirve cuando dichas plumas son de ave fénix, que en siéndolo de otra cualesquiera, huyo de adornarme con ellas, como en aquellos tiempos de Maricastaña se huía de las inmediaciones de un leproso.

Y una vez cumplida ésta, para mí sagrada obligación, puedo, sin más rodeos, encrucijadas y recovecos, volver la hoja, poner fin a esto que dicen prólogo y dar comienzo al trabajo.

PARTE PRIMERA

I

El carácter típico y tradicional de las ciudades

El carácter de los pueblos lo forman sus habitantes, y el de éstos lo constituyen infinidad de causas, creadas principalmente por las condiciones climatológicas y sociológicas en que se desenvuelven. Tan imposible sería exigir alegría bulliciosa a aquellos que, envueltos en nieblas, con un cielo gris que llora tristezas, vieron transcurrir sus años juveniles, como pretender que un meridional, donde el sol invita a la pereza, y el aire sutil trae a sus oídos suspiros que son quejas de amor, y las flores y los pájaros le hablan de la alegría del vivir, tenga toda la fría rigidez de un hombre del Norte.

Las costumbres, aquellas que transmitidas de generación en generación llegan a convertirse en típicas, y las virtudes y vicios que llegan a hacerse tradicionales, es lo que forma el carácter de los pueblos, distinguiéndolos unos de otros.

El alma española es un complejo de alegrías y tristezas; en ella se mezclan y confunden, en gloriosa amalgama, el oro que le presta su sol, la esperanza que le da su cielo, la nostalgia de sus noches milenarias, la poesía de sus atardeceres sentimentales, la fecundidad de su tierra pródiga, la raigambre religiosa de sus centurias de lucha por el triunfo de la Cruz, el sedimento soñador de la raza árabe, el heroísmo de su continuo guerrear y el genio presto a la aventura y a los viajes, que fenicios, griegos y cartagineses dejaron, cual marca imborrable, en su suelo.

Y porque el alma española se forjó en la lucha, que es el yunque donde se templan los corazones fuertes; y porque regó con su sangre cada una de las libertades que conseguía, ha sido la sibila de ellas y la musa casta y fascinadora de las grandes ideas.

.....
¡Alma española, que pusiste en las manos de Gonzalo de Córdoba una espada invencible, que le diste una pluma inmortal a Miguel de Cervantes, un buril maravilloso a Alonso Cano, un mágico pincel a Diego Velázquez, una lira brillante a Luis de Góngora!

¡Alma española, que encendiste la centella divina del genio en los espíritus brillantes de filósofos como Luis Vives, de políticos como el Cardenal Cisneros, de

dramaturgos como Lope de Vega o Calderón, de oradores como Fray Luis de Granada, de santos como Francisco Javier o Ignacio de Loyola, de místicos como Teresa de Jesús o Juan de la Cruz!

¡Alma española, que hiciste de mi España la fuente inagotable de purísima inspiración, la aurora radiante que ilumina los horizontes infinitos de todos los siglos, la columna gigantesca que se levanta majestuosa en medio de los vendavales y de las procelas del mundo, la academia maravillosa del arte, la lira sonante que vibra al soplo misterioso de todos los nobles impulsos, la epopeya magnífica que sacude nuestros corazones con el prestigio venerando de los recuerdos, con la poesía inefable de tus ruinas, con la mágica inspiración de tus poetas, con las hazañas audaces de tus héroes, con la arrebatadora elocuencia de tus oradores y con la gracia inenarrable de tus artistas!

¡Alma española, que hiciste de mi España una España grande que llenó el mundo de obras maravillosas y dió generosos ideales a la Humanidad, iluminada todavía por la radiante luz de la antorcha divina que encendió el loco Don Quijote con las llamas esplendorosas de sus vividos sueños y con las luminarias de sus esperanzas inmortales!

¡Alma española, que hiciste de mi España una España excelsa, contribuyendo a la civilización del orbe con aquellos sabios andaluces que enseñaron al mundo las Matemáticas, y con las Matemáticas la Astronomía, y que después de haber dado a conocer con aquellos audaces exploradores nuestro planeta, después de la brillante epopeya de Lepanto, después de haber dejado por todas partes las huellas luminosas de su genio inmortal, después de haber llevado a cabo el grandioso descubrimiento de América, aún nos tienes reservados muchos días brillantes de esplendor y de gloria!

¡Alma española, que hiciste que mi España viva eternamente iluminando con sus radiantes fulgores las páginas inmortales de la Historia, como la luz de los astros alumbra la altura infinita de los cielos; postrado ante el immaculado altar de tus glorias te bendigo una y mil veces, y bendigo el haber nacido en tu suelo!

.....

* * *

Dentro de un mismo territorio nacional cada región se distingue perfectamente de las otras. Aún más pudiéramos decir: cada provincia tiene su modalidad, sus costumbres peculiares y sus usos, que las diferencian entre sí.

Nunca podrá ser confundido aquel nacido en las plácidas rías o en los verdes valles de Galicia con el castellano criado en legendaria tierra de santos; el cántabro o el astur indómito, independiente y montaraz, con aquellos que, bajo su faz risueña, parecen llorar junto a la campana de la Vela la pérdida de Granada la gitana; el nacido en los vergeles valencianos, con aquellos otros coterráneos de Pizarro o Hernán Cortés; el perchelero, con el industrioso catalán; el aragonés, con el sevillano. Pertenecen todos ellos a la misma raza, pero con diferentes modalidades, surgidas, como dijimos antes, por las diferentes condiciones climatológicas en que sus

habitantes se han desarrollado. Y Madrid, como cada provincia, como cada ciudad, presenta su aspecto característico; tiene sus costumbres típicas, que el transcurso de las centurias tornó en tradicionales.

M A D R I D

Bien quisiera tener la inspirada musa de Espronceda o Núñez de Arce; la galana prosa de Pereda, Alarcón o Valera; la fogosa oratoria de Castelar o Cánovas, para entonar un canto al Madrid de mis amores, canto sublime que fuese digno de él; pero mi péñola es pobre y mi pluma ruin para cantar las grandezas de este pueblo bien amado que, como hidalgo de rancio cuño, cuenta entre sus títulos los de *Muy noble*, *Muy leal* y *Muy heroico* (1).

Todo en ti, ¡oh Madrid de mis ansias y tristezas!, es bello; todo en ti es grande y sublime. Por eso, todo lo tuyo ha merecido ser cantado por dulces y eximios poetas y prosistas intachables; por eso fueron cantados tus monumentos (2), tus fuentes (3), tus jardines (4), tus hombres (5), tus hechos gloriosos... (6); por eso, mi prosa desabrida y sencilla ha de ser mezquina ofrenda para ti, que tanto vales, y más mezquina aún al lado de las brillantes rimas de los inspirados bardos que te cantaron con trinos de ruiñeñor o con bélicos y patrióticos acentos.

Eres, ¡oh coronada Villa!, como nexo, cifra o admirable compendio de los más

(1) El por tantas veces digno funcionario, prestigioso Contador del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, D. Manuel C. y Mañas, en su notabilísima obra *La Hacienda municipal de la Villa de Madrid*, dice a propósito de los títulos que ostenta la Corte: «El título de *Antigua*, porque la fundaron los romanos con el nombre de *Mayorito*, que degeneró en *Magerit*; *Muy noble* y *Muy leal*, concedido por Enrique IV, en 1465, por sus antiguos Mayorazgos; *Imperial* y *Coronada*, dado en 1554 por Carlos V; *Muy heroica* y el título de *Excelencia*, otorgados por Fernando VII, en 1814 y 1816, por el heroísmo de sus hijos al defender su independencia. Las Cortes de 1822 concedieron la *Corona Cívica* al blasón de Madrid.»

(2) A la estatua ecuestre de Felipe III le dedicaron versos Lope de Vega, Juan de Jáuregui y Quevedo; Juan Eugenio de Hartzenbusch escribió una fábula titulada *El caballo de bronce*; la de Calderón de la Barca ha sido cantada por López de Ayala, Zorrilla y Leopoldo Cano; a la de Cervantes han dedicado composiciones poéticas, entre otros ingenios, Manuel Fernández y González y Zorrilla; la estatua de Murillo la cantó D. José Martínez Céspedes; la de D. Alvaro de Bazán, D. Manuel del Palacio; el grupo escultórico del Dos de Mayo lo cantó el Duque de Frías en su oda *A las nobles artes*, y al Obelisco del Dos de Mayo dedicó unos versos D. Juan Eugenio de Hartzenbusch, y la inspirada poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, un soneto.

(3) El príncipe de los ingenios, Miguel de Cervantes, cantó las fuentes del Prado; y a la llamada Fuente de los Galápagos, que estuvo, como es sabido, en la Red de San Luis, Bretón de los Herreros dedicó una anacreontica.

(4) Los Jardines del Buen Retiro fueron cantados por Lope de Vega.

(5) Bien conocidas son las composiciones dedicadas a Lope de Vega, Calderón y otros ilustres hijos de Madrid.

(6) La gloriosa epopeya del Dos de Mayo ha sido cantada, entre otros, por Espronceda, en una composición que lleva por título *El Dos de Mayo*; Gabino Tejada, Zorrilla y Benito Vicente Garcés, en su *Romancero del Dos de Mayo*, *Grito de indignación de un buen patricio*, y Bernardo López García, en sus vibrantes décimas.

nobles sentires y preclaros ideales de las hidalgas regiones de España. En tus calles, ¡oh Madrid de mis juveniles recuerdos y dulces remembranzas de los días que pasaron!, se esconde la leyenda (1), cual dama recatada de airoso garbo y atrayente misterio; en tu suelo se mecieron en sus cunas cien y cien insignes varones, cuyos nombres abrillantan, como espléndidos soles (2), los viejos anales de tu gloriosa historia; tu cielo (3), como el sol de la jocunda y riente Andalucía, es azul y limpio; tus noches de estío tienen todo el encanto de las serenas y diáfanas noches de Alejandría o El Cairo; como la fértil y hermosa huerta valenciana, te adornas en primavera de fragantes rosas y olorosos claveles, y los tardíos nardos y las tempranas violetas perfuman tus magníficos otoños, llenos de luz y de inefables alegrías, y tienes, en fin, en todo tiempo, la gracia sugestiva de nuestros antiguos pícaros admirablemente unida a la majestad excelsa que te presta la realeza.

Mi amor a ti, ¡oh Madrid de mis ilusiones!, ha hecho que miles de veces me sumergiera en tus noches vagando por las calles silenciosas y solitarias hasta que el cielo se hacía claro sobre las casas, y las palomas matinales empezaban a cernirse sobre los tejados. Y en la noche milenaria, mientras caminaba por tus calles antiguas, oscuras y angostas, soñaba en ti, y mis sueños, como lebreles de veloz carrera, me transportaban a aquellos dorados siglos en los que tú, ¡oh Madrid!, eras la capital de los dominios en que no se ponía el sol y la reina de sin par donosura (4).

Mas tú, Madrid de mis amores, no desdices de tu pasado, y tus virtudes, de generación en generación, se fueron transmitiendo al través del tiempo, conserván-

(1) Son notables, entre infinidad de ellas, las leyendas de la calle de Amanuel (del Montero Mayor de Alfonso VI); de la del Amparo (por la mujer que auxiliaba a las parturientes); de la del Acuerdo (por la asturiana que profesó en el Convento); la de la Cabeza (por el asesinato de aquel clérigo); Bonetillo (por el canónigo amigo del Príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II); Candil, Carretas, Clavel, Desengaño, Echegaray (antes del Lobo), Embajadores, Espejo, Gato, Latoneros, Mancebos, Montera, Paloma, etc. El ilustre madrileñista y cronista de la Villa, D. José María Cambronero, en su notabilísimo libro *Las calles de Madrid*, expone la mayoría de dichas leyendas y tradiciones.

(2) Bien puede enorgullecerse la invicta Villa de sus hijos, de los que tiene a montones en todos los ramos del saber humano. No hay más que echar una ojeada por el *Diccionario Biográfico Madrileño*, de D. Luis Ballesteros, para conocer estos nombres; pero, sin acudir a dicha autorizada fuente, basta hacer un poco de memoria para recordar los nombres de los insignes literatos José María Carnerero, Patricio de la Escosura, Carlos Frontaura; pintores como Claudio Coello, Luis Madrazo, Diego de Rómulo Cincinato, Eduardo Rosales; escultores como Manuel Contreras; saineteros como D. Ramón de la Cruz; poetas como Quintana; autores dramáticos como Gil y Baus, Agustín Moreto, Tamayo y Baus; satíricos como Quevedo; músicos como Chueca, Barbieri, Santiago Massanau; periodistas como Felipe Ducazcal, Ramón Navarrete; cantantes como la Malibrán; actrices como Matilde Díez; filántropos como D. José Santa María de Hita; toreros como Domínguez y Vicente Pastor; santos como San Dámaso, San Isidro, San Millán, Santa María de la Cabeza; reyes como Carlos III; prelados como Francisco de Solís; sacerdotes como Juan Pérez de Montalbán, y... ¿para qué seguir? La lista se haría interminable y no cabría en los límites de este trabajo.

(3) El ilustre literato Rafael Cansinos Assens dedicó al cielo de Madrid un precioso trabajo, que se publicó en *La Correspondencia de España*.

(4) Aunque Madrid no fué realmente Corte de España hasta Felipe IV, moralmente tenía ya esta consideración desde que Felipe II fijó su corte trashumante en Madrid.

dose integérrimas en medio de los vendavales que el egoísmo, las pequeñas luchas —más grandes por lo dañinas— y las miserias de la vida, habrían hecho a otra que no fueras tú, cambiar de carácter. Por eso serás siempre la ciudad alegre, la ciudad rumbosa, la heroica Villa y el pueblo caritativo que te hicieron tus antepasados. Por eso, para saber cómo eres, es menester saber cómo fuiste, asomarse a tus gestas y conocer tu historia (1).

Rumboso y espléndido

Bien de antaño tienen los Madriles fama de rumbo. En vanidades personales se gastaba el oro a espuestas, como vulgarmente se dice. Desde 1600 existen leyes suntuarias, que, a decir verdad, no sirvieron para evitar que el adorno de un cuello siguiese costando cientos de escudos, ni para que el Duque de Osuna saliese a los torneos con cien lacayos ricamente vestidos, y llevara tras de sí por las calles veinte coches, y le dieran escolta cincuenta Capitanes y Alféreces con derroche de pedrería. Refiérese además, entre la multitud de cuentos de *Las mil y una noches* que de aquella época nos transmitió la leyenda, que habiendo una Reina obsequiado con un reloj precioso a su peluquero, cierta Duquesa arrebató al suyo el que llevaba, tirólo por el balcón y le regaló otro guarnecido de brillantes, porque «no estaba bien que su peluquero fuese menos que otro»; y que un Duque que cortejaba a una comedianta la enviara, un día que tuvo frío en su cuarto, un brasero, donde figuraban la lumbre talegas de onzas, y la ceniza de su alrededor, monedas de plata.

Inútil fué para corregir el mal la inspección girada por los Alcaldes de casa y corte a las tiendas, donde decomisaron infinidad de preseas femeniles prohibidas por sobrado lujosas, haciendo autos de fe con zapatillas bordadas, puntas, abanicos, valonas, bandas, puños y ligas.

Y si esto era en cuanto al lujo de las personas, por lo que toca al regio boato y al religioso en procesiones, autos de la Suprema, advenimientos, entradas, bodas, bautizos, exequias de príncipes, etc., se tiró la casa por la ventana, y descripciones hay para colmar la medida aun a los más descontentadizos.

«Tradiciones de costumbres rumbosas tenía la Villa—dice el que fué cronista de Madrid y edil de su Ayuntamiento, D. Facundo Dorado (2)—. Juan II la hizo teatro de sus prodigalidades, y en ella recibió a los Embajadores, con gran sobresalto de las visitas, teniendo un león manso a sus pies, con collar magnífico; en tiempos de Enrique IV, D. Beltrán de la Cueva quebró lanzas, en paso honroso, por la señora de sus pensamientos, que era—se dijo—la misma Reina, cuyas aficiones a la caballería purgó luego tanto su hija, «fazaña que el Rey mandó perpetuar en los Je-

(1) No vamos a hacer aquí una relación de las virtudes y vicios que adornan al pueblo de Madrid, sino tan sólo a citar aquellas notas peculiares que por el transcurso del tiempo se convirtieron en tradicionales y dieron carácter a la Villa.

(2) F. Dorado, *Madrid*.

rónimos»; y el Arzobispo de Sevilla dispuso, a los postres de una cena de Baltasar, correr bandejas con ricas joyas para las damas.»

Los Reyes Católicos, prudentes cual pocos, y mirando por el bienestar de sus pueblos, se creyeron en el deber de poner cortapisas a los dispendios que la Villa solía hacer para recibir dignamente a sus príncipes (1); mas ello fué inútil. No transcurrieron muchos años sin que cierta vez que el Emperador Carlos V vino a Madrid de vuelta de la guerra, empleó el Concejo 62.000 reales y 13 maravedises en festejos públicos (2).

Dignas de no ser pasadas por alto fueron las fiestas que con motivo de la estancia del Príncipe de Gales en la Villa, en el reinado de Felipe IV, se celebraban casi a diario durante los seis meses que permaneció en Madrid.

Si fastuosa en verdad fué la entrada de María Luisa de Orleans para su triste enlace con Carlos II el Hechizado, en que, según la escritora contemporánea Marquesa de Aulnoy, aparte de la magnificencia del adorno de la Plaza Mayor, se ofreció a las damas «ricos tabaques henchidos de dulces, de guantes, de cintas, abanicos, medias, ligas y bolsillos de ámbar llenos de monedas de oro», no le fué en zaga el recibimiento que se le hizo a doña María Ana de Neubourg, segunda esposa de dicho Rey, en el cual recibimiento se gastaron 60.000 ducados (3), construyéndose además dos carros triunfales, cuyo importe fué de 16.500 reales.

La casa de Borbón, a su advenimiento, modificó en parte la arraigada costumbre de celebrar grandes fiestas. Quizá por lo exhausto que estaba el Erario municipal, a causa de las continuas exacciones para los gastos de la guerra, Felipe V prohibió que a su entrada en la capital se hiciesen dispendios de ningún género; y al efecto, en papel de 4 de enero de 1701 decía al Consejo «que se excusen los gastos que se acostumbran en semejantes ocasiones». Esto no obstante, el Ayuntamiento acordó celebrar una procesión general, desde la Almudena al santuario de Atocha; se construyeron asimismo dos carros triunfales que acompañaron al Monarca hasta la puerta de Palacio, y se celebraron también fuegos artificiales y luminarias durante tres noches, toros y juegos de cañas en la Plaza Mayor, y una mojiganga costeada por los gremios (4).

Para la proclamación y entrada en Madrid de Fernando VI acordó el Ayuntamiento, según testimonio de la época, las siguientes demostraciones de afecto al nuevo Monarca: «Festejos de toros en la Plaza Mayor, como uno de los de más regocijo; el de alumbrado de ella, adornada en la forma correspondiente, corriéndose parejas y, después de retiradas, disparando galeras de fuego que ha de haber

(1) En carta dirigida al Ayuntamiento de Madrid, fechada en Aranjuez a 23 de enero de 1499, ordenaban a la Villa que proveyese de ropa nueva a sus regidores y que no tuviesen gasto alguno en el recibimiento que había de hacerse al Príncipe D. Felipe, su nieto.

(2) Hilario Peñasco, *Páginas de la Historia de Madrid*.

(3) Si estas cantidades pudieran parecernos en los momentos actuales un tanto exiguas, ya que en cualquier festejo se gastan hoy cientos de miles de pesetas, no hay que perder de vista el tiempo en que estos sucesos tenían lugar.

(4) Para la celebración de estos festejos presupuestó el Municipio 60.000 ducados, y como carecía de ellos, para proporcionárselos enajenó el oficio de Tesorero de las alcabalas.

prevenidas, a imitación de lo que se hizo el año 1722 en celebridad del casamiento del Rey nuestro señor don Luis primero; el día que S. M. señale, comedias en el coliseo del Buen Retiro; de las compañías españolas, la que parezca más a propósito y sea del real agrado de S. M.; mojiganga, en la forma que Madrid las ha arreglado en otras ocasiones, que han hecho el gusto de SS. MM. y divertido el tiempo de su vista, y al propio entretenido objeto de la diversidad y variedad de sus particulares trajes. Igualmente fuegos tres noches delante del Real Palacio, y adorno de calles» (1).

Al mismo tiempo el Conde de Aranda dió orden a los gremios para que iluminasen y adornasen por su cuenta, con lienzos, tafetanes y espejillos, la Plaza Mayor, y ordenó asimismo a los Escribanos que, también por su cuenta, adornasen e iluminasen la fuentecilla que se hallaba delante de la Cárcel de Corte, en la que es hoy plaza de Provincia.

Dejemos a un lado las dos entradas que Fernando VII hizo en Madrid, popular la una y oficial la otra; aquélla con todo el verdadero entusiasmo y regocijo de las cosas sentidas y deseadas, y ésta con todo el aparato y fría rigidez de las cosas oficiales, para reseñar, aunque sea de pasada, la llegada a la Corte de las Españas de las Princesas María Isabel y María Francisca de Braganza, cuando celebraban sus respectivos enlaces con el Rey Don Fernando y su hermano D. Carlos María.

«El Gobierno, el Ayuntamiento y la población entera de Madrid—dice Mesonero Romanos (2)—, que se asociaron de buen grado al júbilo que este acontecimiento inspiraba, dispusieron solemnizar la entrada con el mayor aparato y ostentación posibles. Arcos vistosos en varios puntos de la población, carrera engalanada, músicas y alardes de tropas, comparsas de trajes provinciales, cucañas y fuentes de vino, fuegos artificiales, banderas y emblemas de regocijo; nada faltó para solemnizar un suceso que la generalidad veía con placer.»

Y ya en nuestros días tenemos las fiestas que se celebraron con motivo de la proclamación del Rey Alfonso XIII, y años después con motivo de su casamiento con la Princesa Victoria Eugenia de Battemberg, y que hubieron de deslucirse un tanto por el odioso atentado de que los Reyes fueron objeto, y del que, por desgracia, resultaron tantas víctimas.

* * *

Por lo que hace a las fiestas del Corpus, desde tiempo inmemorial se celebraban con gran ostentación y boato, hasta el punto de que la Reina Doña Juana tasó el gasto que la Villa podía hacer con este motivo; pero tanto el Concejo como los gremios empleaban sumas considerables para dar a la celebración todo el esplendor

(1) Esto del adorno de calles no era cosa baladí que había de quedar a merced de cualquier regidor de más o menos gusto, sino que, acudiendo a precaver una infracción de las reglas de estética, el mismo Conde de Aranda descendió a trazar las líneas generales, precisando el sitio y disposición de los arcos, elementos indispensables en esta clase de espectáculos.

(2) *Memorias de un setentón.*

que su importancia requería. Así, en un acuerdo del Consejo de 1481, se lee este párrafo: «E mandaron que todos los cabildos de la dicha Villa sean tenidos de venir el dicho día a la procesión general, con candelas o sin ellas, como ellos quisieren, so pena de que cada cofrade que non viniese pague sesenta maravedís de pena, la meitad para las costas de la dicha fiesta e la otra meitad para la justicia». Y prueba es también de la ostentación con que se celebraba la fiesta del Corpus la magnífica custodia que posee el Ayuntamiento, fabricada en 1568 por Francisco Alvarez.

Grandiosas entre todas fueron las celebradas en 1623, de las que el cronista Antonio León Pinelo, en su obra *Anales de Madrid*, dice lo siguiente: «A 15 de julio se celebró solemnísimamente la fiesta del Corpus Christi, y por estar en Madrid el Príncipe de Gales, gustó Su Majestad (Felipe IV) que saliesen en ella las Órdenes monacales y militares y todas las reservadas, suspendiéndose por esta vez sus privilegios y señalándose los lugares el Ordinario; así fué la más grave y ostentosa procesión que se ha visto en Madrid y Castilla» (1).

Allá por el año 1665, a fin de evitar los cuantiosos gastos que se originaban a los Consejos con la representación de los autos sacramentales, mandó el Rey, por su decreto de 19 de mayo del referido año, que después de representados en Palacio el día del Corpus, al siguiente «los vieses los Consejos juntos en la plazuela del Salvador (hoy plaza de la Villa), sentados todos los presidentes por sus grados haciendo cabeza, y los Consejos por sus precedencias, como se observa en las fiestas del Retiro». La consignación para esta festividad era, en la época que acabamos de citar, de 5.521.000 maravedises, cargados sobre las sisas municipales de carnero de hospital, segunda onza de azúcar, carnero de quiebras, cacao, chocolate, vino de Lérida y alcabalas (2).

La fiesta del Corpus fué perdiendo poco a poco aquel antiguo esplendor, aquel carácter popular que antiguamente tenía; y variada, el año 1890, la hora de salida, se hizo innecesario el toldo, único resto que conservaba de los aparatosos ceremoniales del siglo XVII, y que resistió hasta fines del pasado siglo las mudanzas que el tiempo introduce indefectiblemente en las costumbres.

* * *

Damos por conocidas otras fiestas, porque basta registrar los anales de las centurias XVII y XVIII para que veamos que apenas puede encontrarse año en que no se hiciese un festejo, en que, como vulgarmente suele decirse, se echase la casa por la ventana, sirviendo de pretexto, no ya una victoria de nuestros tercios en lejanas tierras, o el natalicio de un Príncipe, sino que, muchas veces, se disponía una función de toros o un juego de cañas por el casamiento de un personaje nobiliario o por un capricho cualquiera, para fijarnos ya tan sólo en las espléndidas fiestas del Buen Retiro, en que los cortesanos rivalizaban con el Monarca en sun-

(1) A continuación describe el orden en que figuraron éstas en dicha procesión.

(2) La descripción de lo que consistían estos impuestos puede verse en el folleto *Las sisas de Madrid*, del que es autor D. Hilario Peñasco de la Puente.

tuosidad y despilfarro. Allí era donde más se veía todo el regio esplendor de la Corte de las Españas, y allí era donde, al mismo tiempo del derroche de pedrería y suntuosas galas, se hacía otro derroche: el de ingenio, que si aquél hablaba muy alto de la fastuosidad del Rey y de sus magnates, éste hablaba más alto aún de la intención y donosura de los mismos, poniendo el nombre de España en las insuperables alturas a que jamás logró llegar otro pueblo alguno.

* * *

Y, con lo que relatado queda, basta y sobra para poder decir con harta razón que el rumbo de los Madriles fué tradicional y característico de la Villa, rumbo que, sin duda alguna, conserva todavía, si bien, como es natural, con las mudanzas que el correr de los días introduce en las costumbres; y si alguna prueba de ello se quisiera, bastaría seguramente con echarse a lá calle un domingo cualquiera para presenciar la salida de misa de San José o las Calatravas, y observar de cerca todo el lujo de la madrileñería; leer, aunque no sea más que de pasada, alguna crónica de cualquier fiesta de la Corte, u hojear, en fin, las prosaicas hojas de los Boletines municipales y ver los créditos que se conceden por el Concejo para obsequiar y atender a cualquier persona, personaje o personilla que se digna visitar la coronada Villa del Oso y del Madroño.

Jaranero y verbenero

«De casta le viene al galgo...», dicese vulgarmente cuando quiere darse a entender que tal virtud, o tal vicio, lo poseían ya algunos de los progenitores de la persona de quien se habla. Y eso decimos nosotros al contemplar hoy a la flor de la madrileñería ir de baile en baile, de merendola en merendola, de verbena en verbena y de jarana en jarana.

Apenas un domingo, u otro día de holganza, el dorado sol asoma su carátula de fuego por el lejano Oriente anunciando un día espléndido, cuando comienzan los preparativos en las más de las casas, disponiéndose la gente moza, y aun también la que pasó ya de esta edad feliz, a divertirse de lo lindo, correr, gritar y chillar si hay Dios qué, y comer la clásica paella o la democrática tortilla sentados en el duro suelo, teniendo por comedor cualquiera de los pintorescos alrededores de la Villa y Corte.

Cual si, por sí y ante sí, se hubiese decretado una emigración, es el continuo desfilar de familias y pandillas hacia el campo, armadas todas ellas de bota y merienda. Allí se van por la mañana, cubriendo de animados y pintorescos grupos la Dehesa de la Villa, la Moncloa, Puerta de Hierro, Fuente de la Teja, Ventas, Puente de Vallecas, Mataderos y todos aquellos sitios donde algún trozo de alfombrada pradera invita a sentarse y la sombra de unos árboles brinda asilo.

Ello, al fin y al cabo, es reminiscencia de aquellas jiras y paseos a Santiago

el Verde, el Sotillo, la Fuente de la Teja, la Pradera del Corregidor, el Soto de Migas Calientes, la margen del Manzanares y la Fuente del Acero, que cantaron Calderón, Lope y Cervantes, y en las que acaecían o se suponían aquellas aventuras, que unas presenciadas y otras imaginadas, sirvieron para tejer el enorme e incomparable cúmulo de comedias y romances, que son la admiración de propios y extraños.

Mas... no tenemos mucho que escudriñar en papeles que huelen a humedad y polilla, para ver cómo nos pinta la galana pluma de Enrique Sepúlveda, allá a fines del pasado siglo, el cuadro calificado por él de «primitivo, incitante y candoroso, patriótico y transcendental» de una ensalada de lechuga aderezada en barreño de Alcorcón, y servida sobre la verde alfombra de las praderas y alamedas del Corregidor y de San Antonio de la Florida.

«Un mantel blanco como la nieve, oliendo a *colada* de ley (preguntad a vuestras madres lo que quiere decir esto), ese mantel tendido sin arrugas en un campo de esmeralda, bajo un dosel de follaje impenetrable que no filtra los rayos del sol. Hora, la del crepúsculo vespertino, la de la oración en la campana de la ermita de San Antonio. En torno al mantel, y como sirviendo de engarce, una docena de personas alegres y rozagantes, jóvenes y viejas; mitad hombres, mitad mujeres. Ellos, casi todos, en mangas de camisa, con la corbata deshecha; ellas, a cuerpo gentil, con claveles en el pecho y en la cabeza, y en las manos ramos de *almoradux* o almoraduj, como quieran los académicos. En el centro del mantel, formando línea, una, dos, cuatro o más fuentes repletas de lechuga, delicadamente lavada en el arroyo de agua cristalina que corre cerca del sitio del festín, y adobadas, aderezadas o guisadas, como plazca mejor, con sal, huevos duros, aceite mantecoso de Montilla o de la Sierra de Francia, vinagre de yema de origen jerezano y cebollas tiernas, no de la estirpe del grosero ajo, sino de la caña de azúcar» (1).

Y si nuestra vista se cansa de fiestas campestres y queremos meternos en plena época de verbenas, no tenemos más que arrancar del florido mayo, donde el Santo Patrón nos invita a beber el agua cristalina y fresca que mana de la fuente que existe al lado de la Ermita. Allí es el solazarse en honor de San Isidro, comer las rosquillas y celebrarla *en grande*, desmintiendo con ello el popular cantar de que

La primera verbena
que Dios envía,
es la de San Antonio
de la Florida.

Poco, o casi nada, ha variado de medio siglo acá la pintura del cuadro de la Pradera del Santo, cuyas pinceladas dió un brillante escritor de esta manera:

«Amanece. Toca a *laudes* la campana de la Ermita. La brisa matutina disipa, si la hubo, la niebla que envolvía los árboles; el suelo en ciertos parajes verde como la esmeralda y el cielo azul tornasolado ofrecen a la contemplación un paisaje

(1) E. Sepúlveda, *La vida en Madrid en 1886*.

que, si no es risueño, no puede ser más animado; un horizonte que es lástima limiten los cementerios; algún árbol secular de esos que se conservan en perpetuo verdor, y a lo lejos, entre merenderos y estacas para secar la ropa, el río seco, el Manzanares, que un día tuvo ondas y márgenes floridas, y que hoy, convertido en regato, sirve de espejo una vez al año a los romeros de San Isidro. Los industriales precavidos tomaron puesto en la Pradera la noche anterior, pero como no a todos adorna esta cualidad, por la escueta carretera, por los atajos y veredas bajan de madrugada numerosos rebaños de quincalleros, picos descabalados de fondistas, pjaras de mondongueros, secciones sueltas de ruleteros y cuadrillas enteras de sobrinos de la *tía Javiara*, tía de todos los que hacen rosquillas. A las seis se da la señal y resuenan por todas partes tambores, cornetines desafinados, pitos y orgañillos. Se abren los barracones de los fenómenos, y el aceite de freir buñuelos comienza a hervir, chisporroteando con estrépito en relucientes vasijas, de las que sale sin cesar un humo tan denso que casi no deja ver la nube de carruajes que, a la carrera, vienen de la Puerta del Sol y de los barrios lejanos. Un poco después, Madrid entero se mezcla en la Pradera con los vecinos de otros pueblos y ciudades, que no se creen dispensados de hacernos en esta fecha una visita. Hay gente para todo. Para la Ermita, que presenta regocijado aspecto; para la fuente de la Salud, que no se la da a nadie; para los puestos de bebidas, para las fondas, para los bailes y aguaduchos, para los caballitos, para los columpios, para el cementerio inmediato, para las sucursales de las Casas de Socorro y hasta para los desmontes que circundan el valle y por los que es imprescindible echarse a rodar si la diversión ha de ser completa, siquiera el descenso resulte para el bello sexo un tanto precipitado y un mucho pecaminoso. Después de tanto bullicio, fuerza es restaurar las del cuerpo, y la hora de las meriendas es la más pintoresca en la Pradera. En un corrillo callos y caracoles; más allá cordero asado, que se trincha con la mano y con la mano se come para mayor prontitud; en éste una inmensa tortilla; en el otro la fuente de gazpacho, que deja blindados los gaznates. Por todas partes botas y botellas; manteles, no del todo blancos, con *ilustraciones* intercaladas en el texto, y un par de guitarras, con lazos y madroños, tiradas sobre la hierba, esperando que llegue el instante de hacer la digestión, cantando melancólicamente un apasionado *niña de mi corazón* o bailando en revuelto torbellino una habanera demasiado íntima.»

Esto, con la ligera variante de que las guitarras de lazos y madroños desaparecieron para ser sustituidas por *manubrios*, y que los bailes se hicieron *más íntimos*—¡cosas del progreso!—, es el mismo cuadro que hoy se contempla. Y ahora, como entonces, el *zumo* que durante la jornada y en honor del Santo se fué trasegando, fermentó en los estómagos, y, subiéndose a los pisos superiores, hace que por fútil motivo o causa baladí surja acalorada reyerta, chillen las mujeres y salgan a relucir revólveres, Stars o aceradas navajas que venguen ofensas que no existirían si el espeso vino de la tierra o el claro Valdepeñas no pusiera una venda en los ojos y vapores en las inteligencias. Y ahora, como entonces, al llegar el crepúsculo, la luz solemne y pensativa de una noche de estío va desdibujando lentamente los objetos, mientras los cielos se iluminan con el reflejo de las estrellas.

Y ahora, como entonces, los romeros toman por asalto los tranvías y destartalados ómnibus y se vuelven a sus casas contentos y satisfechos, con mucho polvo en la ropa, mucho cansancio en el cuerpo, un pito en la boca y en las manos el pañuelo que envuelve los restos de la merienda.

Sobre poco más o menos el mismo espectáculo nos ofrecen los alrededores de la Ermita de San Antonio cuando, a mediados de junio, se celebra la verbena del Santo, que se la hace durar hasta después de mediado el mes, en que, feriantes y comerciantes trasladan sus reales al Prado.

La noche de San Juan fué tradicional en galanteos y requiebros, que por rara casualidad terminaban y terminan en la Vicaría. Celebrábase antaño en las riberas del Manzanares, donde había mullido césped, frondosos árboles que hacían, con razón, que durante la noche sanjuanera se cometiesen locuras y extravíos, que Vargas, no mordiéndose la lengua, pinta del siguiente modo:

«Tapadas y sin tapar
andaban por el Sotillo,
en la noche de San Juan
por las riberas del río,
niñas cual blancas palomas
que huyen del halcón maligno,
deseando que el halcón
estrechara más el sitio.

.....

Entre la espesa arboleda
a ésta cojo y a ésta pillo,
en la noche de San Pedro
anda el diablo divertido.

Y no asusta a las muchachas
su rabo largo y negrizzo,
ni los cuernos que le afean
ni la boca y los grifos.

Por el contrario; en el uno
hallan diversión y alivio,
en los gritos defensión
y en los cuernos pingüe oficio,
que piensan, si son casadas,
regalar a sus maridos
una corona preciosa
que acredite su ejercicio.»

Por orden de Felipe IV se trasladó la verbena al Prado, perdiendo con ello su antiguo esplendor, aunque la primera se celebró con una opípara cena en los jardines de Lerma, Carpio y Monterrey. Desde entonces siguió y continúa celebrándose en el mismo lugar, hasta tiempos muy recientes, en que ha sido relegada hacia las afueras.

No transcurren muchos días desde que la verbena de San Pedro animó también el Prado, cuando el castizo barrio de Chamberí festeja en julio a la Virgen del Carmen, y, terminada esta verbena, los alrededores de la iglesia de Santiago son el sitio de cita de la madrileñería castiza, de los puestos de horchata, tenduchos don-

de se exhiben apócrifos fenómenos, de caballitos del tío vivo, columpios y de innumerables y variadas rifas.

Sucédense en el mes de agosto las de San Cayetano, San Lorenzo y la Paloma, poniendo a todas ellas remate la de la Melonera, a primeros de septiembre.

Pequeño lapso de dos meses deja a Madrid sin jolgorios públicos, hasta que la Nochebuena echa a la calle la gente, que, con panderetas, zambombas, platillos y toda clase de instrumentos que metan ruido, celebra la fiesta del natalicio del Niño Jesús. Y estamos con éstas en el último día del año, en que, a las doce de la noche, se acude a la Puerta del Sol a comer las típicas uvas, mientras las campanas del reloj de Gobernación desgranán lentamente su metálico sonido, que no deja oír el griterío ensordecedor con que se acoge la entrada del nuevo año, y la bola del reloj nacional cae majestuosamente, adornada de bombillas de todos colores.

San Antón viénese encima, y con gran algarada se acude a la calle de Hortaleza, a la Ermita del Santo, y allí es el desfilar de caballos, mulas y burros enjaezados, con muchas campanillas, y allí el apretarse la gente, el tragar polvo y oír los chicoleos de la gente moza, presta siempre a la bulla y al holgorio por el más leve motivo.

Y pasan los Carnavales, y llega la Cuaresma, en que la abstinencia se hace precisa, aunque pone remate a ella la *ruada* del Jueves y del Viernes Santo. Y ya estamos de nuevo en mayo, en que San Isidro nos torna a llamar a la Pradera para presenciar el mismo espectáculo del año anterior.

Galante y enamorado

«Genio y figura hasta la sepultura», reza el adagio, y nada más cierto, a decir verdad. Y si lo es en general, se confirma en lo que a Madrid respecta y en lo que atañe a su proverbial galantería y enamoramiento.

El piropo, la flor callejera, es planta genuinamente española y de gran raigambre madrileña. No hay más que prestar oído al paso de cualquiera de esas madrileñitas de airoso porte, para ver la cosecha de flores que ha recogido en su camino. Desde el hortera, que con el palo de horquilla levanta el cierre metálico de su tienda, hasta el pollo acicalado y almidonado, tiene el hijo de Madrid, para la mujer, en sus labios unas palabras galantes, y en su pecho el deseo de ser amado por una de esas mujercitas graciosas, de señoril empaque y de corazón ardiente.

Galantes y enamorados fueron los madrileños desde antaño. Dígalo si no la vieja crónica cuando relata la visita que el gran Emperador Carlos I de España hizo a su real prisionero de la batalla de Pavía, enfermo a la sazón, quizá de nostalgia y de pena.

—Señor, veis aquí a vuestro esclavo prisionero—dice el Rey de Francia.

—No, sino libre, mi buen hermano y amigo verdadero—exclama el Emperador, gran señor y caballero.

Dígalo si no la Historia cuando relata la hazaña de titanes de la toma de Amiens, por el enamorado y valiente Gobernador de Dourlens, D. Hernández Téllez Portocarrero (1). Y díganlo si no las desaparecidas gradas de San Felipe el Real, que entre ingenio, mordacidades y alguna que otra procacidad, contarían centenares de aventuras, en las que, si el amor no andaba lejos, la galantería y caballerosidad, muy a lo Versailles, estaba aún más cerca. Dígalo si no la calle de Santa Clara, donde puso fin a sus días aquel pobre *Figaro* por el constante malquerer de una coqueta.

Y, fieles a la tradición, siguen los madrileños rindiendo culto a la galantería y pleitesía al amor.

Caritativo

En uno de nuestros modestos trabajos publicado no ha mucho, decíamos: «La caridad del pueblo madrileño es inagotable. Vedlo constantemente organizando funciones de índole benéfica, y la gente agotar las localidades al precio que sea, dar limosnas, pertenecer a Sociedades benéficas, contribuir a suscripciones y coadyuvar con su amor y su bolsillo a toda clase de obras que representen un fin benéfico».

Y confirma aquellas nuestras palabras lo que el Sr. García Molinas dice a ese propósito en su folleto *La mendicidad en Madrid; sus causas y sus remedios*: «No se puede negar que Madrid es uno de los pueblos más generosos, más hospitalarios y más caritativos; quizá esta prodigalidad contribuya en gran parte al fomento de la mendicidad. A diario, según cálculos hechos por quien sabe, se reparten más de 6.000 pesetas entre los mendigos y menesterosos, ya en socorros de fundaciones oficiales, ya particulares.»

Y a aquellos juicios nuestros de entonces añadiremos hoy que no hay desgracia que aflija a una provincia en cuyo socorro Madrid no acuda, y que los madrileños no abran su bolsa y su corazón en favor de los desvalidos.

No anima a los madrileños un sentimiento altruísta o filantrópico, sino aquel otro más elevado de la caridad; y porque esto es así, no sólo los vemos aliviar con bienes materiales la triste situación de los menesterosos, sino atender con cariños y solicitudes maternales y verdadero amor a restañar las heridas del corazón, más punzantes y dolorosas que las del cuerpo (2).

(1) Si la Historia no da gran realce al hecho, lo da la tradición. Enamorado el valiente caballero de una dama francesa, pidióle ésta por condición, o que Dourlens fuera de los franceses o Amiens de los españoles, creyendo que ello era imposible. Incapaz el caballero de vender a su Patria, no se arredró por ello, y con un ejército que apenas si llegaba a 5.000 hombres, se lanzó a la empresa de conquistar Amiens, plaza fuerte que, a pesar de sus 15.000 hombres, quedó en poder de los españoles. Calderón, en *El pintor de su deshonra*, describe el hecho.

(2) Dió pruebas de ello cuando la huelga de Riotinto, trayéndose, para ser cuidados con mimos maternales, una infinidad de hijos de los huelguistas.

No estamos, pues, conformes con Llanos y Torriglia cuando escribe (1): «Madrid tiene ya larga, aunque no honrosa, historia en esto del pordioseo. Papeles del siglo XVII refieren haber llegado el exceso de los pobres a tanto que en el Prado andan de coche en coche pidiendo con chanzas y llevando recados de unos en otros, y lo mismo en todos los concursos públicos; y no hay casa ni figón, despensa, bodegón de importancia, alojería ni puesto donde se vendan limonadas y agua fría en que no asistan dos o tres pobres, y como si fuesen ermitas de devoción piden dentro limosna a las personas que entran a comer y beber, y lo mismo hacen a los coches; con que en parte ninguna se está libre de sus impertinencias.»

El que en Madrid haya habido desde antaño una nube de mendigos débese a la capitalidad, pues, como decíamos en uno de nuestros libros, que mereció los lauros del premio: «Convertido Madrid en Corte de España, no tardaron en acudir en torno de los magnates un enjambre de pobres que vivían a la caza de prodigalidades y a la merced de las dádivas. Pícaros y hampones cayeron sobre la coronada Villa como sobre un panal al que habían de exprimir, y ni las levadas de vagos, ni las batidas de esbirros conseguían desterrar de la Corte aquella nube de gente maleante, pordioseros y fingidos mendigos.» La mendicidad, que según afirmación gratuita de Baedeker en su guía *Espagne et Portugal* es una llaga de España, es propia de todas las grandes ciudades, que cuanto mayores y más adelantadas son, mayor es también en ellas la extensión de este mal social.

Mas... sea lo que fuere, que ello no importa ahora a nuestro objeto, Madrid tuvo siempre la caridad como norma, el consuelo en los labios y la dádiva presta. Por ello vemos que, a partir de 1438, en cuyo año, y con motivo de una epidemia que afligió a España, fué creado un hospital en el Buen Suceso, que se dedicó al socorro y cura de los contagiados (2), fundación a la que siguió, en 1449, la del Hospital de Nuestra Señora de la Concepción, llamado vulgarmente de la Latina (3), no cesan las instituciones benéficas, existiendo algunas, como la Hermandad de la Parroquia de San Martín, de la que nos habla el Dr. Pérez de Herrera (4), que atendía más a los llamados pobres vergonzantes, y la *Ronda de Pan y Huevo*, que recogía de la calle a todos los que en ella se encontraban sin albergue, atendiendo con amorosa solicitud, primero a las necesidades del cuerpo para después atender a las del alma.

Torero

Las corridas de toros fueron uno de los ejercicios de destreza y valor a que se dieron por entretenimiento los nobles de la Edad Media. El ilustre Jovellanos, en

(1) *Ineficacia e inconvenientes de la limosna callejera.*

(2) Alvarez y Baena, *Compendio histórico de las grandezas de la coronada Villa de Madrid.*

(3) Este hospital fué fundado por doña Beatriz Galindo. Véase la obra del autor de estas mal pergeñadas líneas, *La mendicidad en Madrid.*

(4) «Discursos del amparo de los legítimos pobres.»

su Memoria sobre la *Policiá de las diversiones públicas y su origen en España*, después de pintar el horror con que la piadosa Isabel I vió una de estas fiestas en Medina del Campo, añade que los cortesanos, distraída aquella buena señora del propósito de desterrar tan arraigada diversión, volvieron a disfrutarla en toda su fiereza, y que «la afición de los siguientes siglos, haciéndola más general y frecuente, le dió también más regular y estable forma».

Sabido es que Carlos V rompió tres lanzas picando el primero en la plaza construída en el Campo del Moro, y sabido es también que Pizarro, el conquistador del Perú, fué un rejoneador atrevido, como lo fueron asimismo D. Sebastián de Portugal y D. Diego Ramírez de Haro.

Para los madrileños fueron siempre los toros uno de los espectáculos más agradables. Y tanto lo fueron que, a más de las funciones extraordinarias con motivo de públicos regocijos, se verificaban dos al año en la plaza del Prado de San Jerónimo.

Renovada por Felipe III la Plaza Mayor, fué señalada para celebrar en ella las fiestas reales, como sitio el más a propósito, pues en ningún otro podían colocarse 50.000 espectadores. Y para las corridas de toros se tasaron los balcones en doce ducados, los principales; los segundos, en ocho; los terceros, en seis, y los cuartos, en cuatro, para las funciones de la tarde, dejándoselos libres a los inquilinos para las fiestas que se diesen por la mañana.

Son infinitas las corridas de toros que se celebraron en dicha Plaza; pero como todas presentan el mismo aspecto, bastará, para formar idea de lo que fueron, leer la descripción que hace D. Basilio Sebastián Castellanos de la que se verificó el 21 de agosto de 1623 en obsequio del Príncipe de Gales.

Brillantes eran tales fiestas, pero en ellas todo lo suplía el valor y destreza en la equitación; al arte se concedía muy poco. De noble cuna blasonaban los primeros que manifestaron sus conocimientos, dando reglas al toreo; pero hasta 1750 no hubo quien las escribiese para torear a pie.

Mas cercano estaba el día que mudasen de carácter. Subió al trono Felipe V, y bien fuese por ojeriza a cuanto recordaba la dinastía anterior, o por inclinación natural, demostró, desde luego, odio tan implacable contra el toreo, que poco menos que declararse enemigo personal del Rey hubiera sido manifestar aficiones taurinas.

Con esto la nobleza española las fué perdiendo, sustituyéndoles los plebeyos en la lidia con notable ventaja, pues lo que hasta entonces sólo había sido ejercicio ecuestre y alarde bizarro, pasó a la condición de arte con el toreo a pie, que antes sólo se verificaba en el caso llamado de *empeño a pie*, peligroso y sin lucimiento por la confusión de las suertes, que bien pronto fueron de mayor habilidad y gallardía que las ejecutadas a caballo.

El palenque fué abierto a la gente común, que se presentó a matar con la espada y cuerpo a cuerpo, habiendo aficionados de tal destreza que terminaban la suerte «sin mover los pies ni abandonar el terreno».

No del todo se retiró la nobleza del circo taurino, pues en la *Cartilla de torear*, que publicó en Madrid D. Nicolás Rodrigo Novelli, en 1726, se citan como diestros lidiadores de a pie a los caballeros D. Jerónimo de Olaso, D. Bernardino Canal y D. Luis de la Peña Terrones.

Por esta fecha se hizo un circo redondo en el Soto de Luzón, y después se terminó, en 1749, el situado en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá.

Cuando había llegado el toreo a tal predicamento, Carlos III publicó una pragmática, fecha 9 de noviembre de 1783, prohibiendo las fiestas de toros de muerte, a excepción de los pueblos que tuviesen concesión perpetua o temporal. A pesar de lo terminante del decreto, la afición de los españoles se sobrepuso a la ley, que fué infringida multitud de veces, por lo que se dictó una Real orden, comunicada al Gobernador del Consejo en 7 de diciembre de 1786, aún más rigurosa que la pragmática, mandando cesar las corridas, hasta en los pueblos donde hubiese concesión, excluyendo sólo a Madrid. Carlos IV siguió la misma política que su antecesor; pero todo fué en vano. Las soberanas disposiciones no tuvieron cumplimiento, y parecía ser que los encargados de cumplimentar las leyes estaban unidos en un mismo sentimiento con los que repugnaban obedecerlas.

Con todo, es dudoso el término de la competencia, a no haber sobrevenido la invasión francesa, y con ella el efímero mando de José Bonaparte, que, pretendiendo hacerse grato a los españoles, alardeó ostensiblemente de asistir a las corridas de toros.

En medio de estas alternativas, ello es que la afición del pueblo de Madrid iba en aumento; que por asistir a las corridas enteras, por mañana y tarde, abandonaban el trabajo los menestrales y sus ocupaciones las demás clases; que se celebraban las funciones en lunes para evitar que dejasen de oír misa los aficionados, cosa que hubieran hecho si se hubiesen celebrado en domingo; y, en fin, que se admitía como disculpa bastante en cualquier falta de asistencia a obligación precisa el haber estado en los toros (1).

Y digan lo que quieran los modernos deportistas e importadores de juegos nacionales, un día de toros no es espectáculo para saboreado por todos los paladares. Son los toros el valor unido al arte, y esto quizá explica toda la afición que despertó, y aún sigue despertando, en el alma española. En realidad, es imposible sustraerse a su encanto. Esa calle de Alcalá, llena de autos, coches, jardineras, tranvías; de mujeres que desde lo alto de las manuelas lucen con garbo la clásica mantilla, mientras el mantón bordado arrastra sus flecos; la cegadora luz de un sol primaveral; los gritos de «¡a la plaza!»; las vendedoras de flores, que ofrecen claveles y rosas; los toreros, que pasan con sus trajes resplandecientes...; no tiene semejanza con ningún otro espectáculo. Si de la calle de Alcalá vamos a la puerta del circo taurino y nos estacionamos unos momentos en ella, veremos al pueblo soberano agolparse en las entradas de la plaza, codeándose, atropellándose los de a pie, apostrofando a los que ensordecen el camino con el ruido de las bocinas, de los timbrazos de los tranvías, de los «¡eeeh!» de los cocheros, y todos los que entran con la alegría en los rostros, dispuestos a emitir sus opiniones a voz en grito contra los lidiadores, y hasta contra la autoridad, si viene al caso. Y si entramos en el

(1) Con singular gracejo, Mesonero Romanos, en sus inimitables *Escenas Matritenses*, describe una casa de vecindad en un día de toros, pintando lo que en ella ocurría antes, mientras y después de la corrida.

anfiteatro nos aturde el vertiginoso movimiento general, arrastrándonos en un remolino sin dejarnos conciencia de nuestro ser, para no sentir más que las emociones de sobresalto y alegría en las diversas suertes del arte contra la fuerza bruta, realizadas por aquellos hombres hasta vencer a la fiera, terriblemente hermosa.

De rompe y rasga

«La picardía es una forma de la sutileza, y como casi todas las cosas sutiles, nació en la ociosidad.

»Los grandes señores no supieron inventar para su ocio una cosa sutil. Por eso hubieron de otorgar a los pícaros privilegios de palaciegos.

»La vagancia plebeya nos trajo la picardía española. Ella fué la sutileza de los hampones, de los vagabundos, de los pordioseros. Fué para ellos alegría en la jornada larga, vino de regocijo, flor de salud y secreto de buena suerte. Armaba grescas con los arrieros y pendencias con los estudiantes; jugaba con los truhanes a los dados; cantaba coplas con los ciegos y peregrinaba con la gitanería. Su malicia supo encarnar en las fregonas ilustres, en las juglaresas, en las garridas mozas de mesón. Definidora de la trampa y reina de la desenvoltura, llevó el descoco sobre la frente como una diadema. Sus andanzas ingeniosas llenaron de travesuras los caminos reales. Ellas han dejado en las historias una armoniosa evocación de sus caprichos burlones» (1).

Leyendo *Gil Blas de Santillana* tenemos el retrato de la corte de los Austrias durante los tres últimos reinados.

* * *

A los pícaros de los siglos XVI y XVII suceden los manolos y chisperos (2) en el XVIII, que son immortalizados por el pincel caprichoso de Goya y la pluma de D. Ramón de la Cruz en sus inimitables sainetes.

Eran manolos y chisperos de índole fiera e independiente. Su individualismo exagerado llegaba hasta el punto de considerar enemigos a los que no pertenecían a su barrio. Sin preocuparse del porvenir, tenían tan alto concepto de sí mismos, que ello llevó al calesero Bernardo a tratar sin desconcertarse con el poderoso Carlos III, e imponerle condiciones, en el motín contra Esquilache. Cantadores unos y otros, tañedores de vihuela, aficionados a la capa, al toreo y a su fiel compañera la navaja, vivieron largos años contentos con su fortuna, envanecidos de su condición,

(1) De un artículo del autor de este trabajo publicado en diversos periódicos.

(2) Manolos eran los vecinos del Rastro, Lavapiés y calle de Toledo. Se dedicaban, por lo común, a chalanear de caballerías, caleseros, ropavejeros, carniceros, etc. Se llamaban chisperos los del barrio de Maravillas, Barquillo y San Antón, por las muchas fraguas de herrería gruesa establecidas en la calle de la Palma.

comiendo bien y vistiendo con garbo su calzón y chupetín, capa o capote de mangas y sombrero apuntado.

La sangre, en continua ebullición, de manolos y chisperos corría con frecuencia, prueba de la bravura de su corazón y del temple de su alma. Aquel Capitán de la centuria pasada, cuyo formidable poder no había sido desafiado por nación alguna, tuvo en los pechos de manolos y chisperos un dique a su ambición, y ellos fueron los primeros que se pusieron en lucha abierta con el coloso, sin contar sus huestes ni pedir compasión si eran vencidos.

Si «a otros tiempos, otras costumbres», no así en cuanto a esto. La sangre madrileña continúa en perenne hervor por las venas, y siempre será el pueblo de la coronada villa del oso y del madroño digno sucesor de sus antepasados.

Heroico

Desde la conquista y toma de Madrid por Alfonso VI dieron los habitantes de la villa pruebas de su bravura.

Vecinos de Madrid acudieron a la reconquista de Toledo, al sitio de Alcalá y al de Cuenca. Madrileños concurrieron a la batalla de las Navas de Tolosa, y madrileños figuraron también en las huestes del Rey Santo en el cerco de Sevilla. Y más andando los tiempos, la plaza de Madrid se declaró a favor de D. Pedro I y cerró sus puertas al victorioso ejército del Conde de Trastámara; y aunque Domingo Muñoz (villano de Leganés) hizo traición a la Villa entregando las torres de la puerta de Moros, ello no fué sin que los Sánchez de Vargas y Luzones se resistiesen con bravura, hasta el punto de que no plegaron su bandera sino cuando supieron la muerte del Rey en el castillo de Montiel.

Y si continuamos leyendo las páginas de la Historia, encontramos en el comienzo del reinado de los Reyes Católicos el sitio y toma del alcázar de Madrid, que si heroica fué la conquista, no le fué en zaga la defensa que los partidarios de la Beltraneja hicieron de él.

Campo de luchas fué Madrid durante la guerra de las Comunidades, a cuyo partido se inclinó la Villa, y sus calles se convirtieron en campo de heroicidades, probándolo, entre otros hechos, aquella barricada de carretas que dió nombre a la calle que desde entonces se llama así.

Madrileños figuraron en los valientes tercios que en Flandes combatieron con singular denuedo, y madrileños fueron, por no hacer más prolijo este bosquejo, los que el 2 de mayo, en calles, plazas y paseos opusieron sus pechos al avasallador empuje del ambicioso Emperador, escribiendo con su sangre la más hermosa epopeya que jamás pueblo alguno escribió en las páginas de su historia.

Y después de este sucinto relato de hazañas y de hechos históricos, bien podemos asegurar que la valentía fué y es cualidad esencialísima del pueblo madrileño.

Alegre y dicharachero

Estas y otras cualidades forman el carácter de los madrileños. Expansivos, alegres y generosos, están siempre prestos a la defensa de todo lo noble.

Frívolos al parecer, son todo corazón. Su aparente superficialidad, que les hace no inquirir la filiación de ninguno de los que a ellos se acercan, se convierte en piedad para la desgracia.

Alegres y dicharacheros, si una mujer bonita pasa ante un grupo de los *castizos*, como una lluvia de flores caen sobre ella los piropos. Si también ella es de las *castizas*, responderá con gentileza y soltura a la granizada que le cayó encima. Y si alguno más procaz se fuera de la lengua, bien pronto tendrá su castigo en la contestación de ella, que la madrileña «está pronta a soltar una fresca al lucero del alba y a escupir ante cualquier intruso el comentario que diz pusiera una manola, su ascendiente, a un bando de los invasores».

El carácter de los madrileños, al reflejarse en las cosas, da a la Villa su aspecto alegre y jovial.

«Es la gente, es el bullicio, es la alegría; son las casas, con aire campechano de amigos cordiales; son los vehículos innúmeros, que trazan por obligación al cabo del día, para evitar tropiezos o resbalando en los rieles, mil caprichosas figuras de *carrousell*; son gritos, en toda la escala de multitud de *periodistas* y vendedores al menudeo que anuncian bagatelas, eso que pudiéramos llamar el artículo de Madrid; son las luces de una luminaria gozosa; son mujeres de toda España en desfile sin par; son las calles resplandecientes y populosas; es el solazo que vuelve en este asadero *tarumba*; son las nubes que impelen al abrigo suave del café, sucursal de la casa para el madrileño, círculo político por esencia, mientras se pone buen semblante a mal tiempo y cae el agua con la placidez de la lluvia en el patio del viejo hogar...» (1).

Nada más cierto. Todo ello, confundiéndose, mezclándose, da a la Villa ese aspecto alegre, risueño, agradable y típico que la hace parecer estar siempre en fiesta (2). Con razón los madrileños de cepa dicen, y yo con ellos:

«De Madrid al cielo, y allí un agujerito para verlo.»

(1) F. Dorado, *Madrid*.

(2) A propósito he de recordar, pues me fué imposible olvidarlo, la contestación que un provinciano que vino a ver Madrid, y a quien yo acompañaba en sus paseos, hubo de darme cuando le pregunté qué le parecía la Corte: «Pues me parece—me dijo—que esta animación y esta alegría que hay aquí constantemente no la he visto más que cuando mi pueblo está en fiestas. Madrid está en fiesta perpetua.»

PARTE SEGUNDA

II

El carácter típico y tradicional de las ciudades

No tan sólo las costumbres y usos de los habitantes son los que dan a las ciudades su carácter típico y tradicional. Dánsele, principal y esencialmente, sus viejas calles, sus casonas antiguas, los edificios donde la Historia dejó sus huellas; las iglesias, con sus labradas puertas y altos campanarios, y todo aquello en que el tiempo puso su pátina imborrable, el arte una chispa de su florecencia y la leyenda el encanto del recuerdo de los tiempos que pasaron.

Edificábase antaño sin tener en cuenta para nada ninguno de los elementos de la ciencia urbanística y dando a un lado rasantes y alineaciones oficiales. Era, pues, una población, un conglomerado de casas y palacios, conventos e iglesias. Si las edificaciones lograban formar calles, eran éstas tan estrechas, tortuosas, pinas y con tantos recovecos y rincones, que era caso raro no tener que andar media legua para ir de un sitio a otro, que, en línea recta, no hubiese distado más allá de dos pasos, y un conflicto cada vez que se encontraban dos carrozas que marchaban en distintas direcciones.

Mas...

¡Qué de recuerdos, evocaciones, leyendas, tradiciones, hechos, sucesos, aventuras y desventuras tienen las viejas calles!

¡Viejas calles de viejas ciudades castellanas! ¡Rincones amados de mi vieja España! ¡Plazas solitarias y abandonadas con el triste abandono de lo que ya no existe!

Los palacios señoriales tienen un evocador encanto, cuyo elogio sería difícil hacer con esta pobre prosa contemporánea que, al fin y al cabo, tan bien va con nuestra vida. Además, es un elogio que ya está hecho. ¡Los libros del caballero de Brantôme, las aventuras de Jorge Casanova, las memorias del Duque de Saint-Simon, los epigramas floridos como sonetos, los sonetos afilados como epigramas, todo el adorable resbalar de la prosa palatina de los siglos XVII y XVIII...! Todo ello nos exime de lo que en otro caso no podríamos dejar de hacer.

De los estantes de mi padre, cuando yo era niño, descolgaba estos viejos libros adorables...

Yo me sentía soñar...

Pero... nuestro bagaje intelectual es más pobre que el de nuestros abuelos. Los Códigos de la vieja elegancia se rindieron ante la estúpida novela *detective* y, a lo más, ante un poco de vulgarización científica, literaria o filosófica.

Para nuestra mentalidad (hemos convenido en llamar así a nuestra tontería) aparecen los palacios señoriales como un confuso comentario de intrigas de corte y galantes fiestas, envuelto todo ello en una sutileza de conversaciones y de músicas.

.....
Y no cerraremos este capítulo sin citar lo que dice un conocido escritor acerca de la importancia de los monumentos, sirviendo ello como dorado broche a este capítulo:

«Por su testimonio se aclara o engrandece la historia antigua; para los hombres célebres encuentra en ellos sus nombres verdaderos, su retrato; para los pueblos su origen, sus opiniones, su religión y su culto, su ciencia civil, política, económica y administrativa, sus progresos en los conocimientos útiles a la civilización, sus costumbres públicas y privadas, su régimen general, en fin, lo que hicieron por la verdad y los errores que no pudieron evitar; para los lugares, los documentos auténticos, de donde la Geografía saca las nociones importantes que le faltarían sin su auxilio, y para los tiempos, las épocas ciertas, que, como faros luminosos, disipan una parte de las tinieblas con las que la sucesión de los siglos envolvió los anales del espíritu humano, y nos señalan al mismo tiempo sus progresos.»

Y acaba con estas apologeticas palabras de la ciencia arqueológica: «Ella nos hace vivir y conversar con todos los hombres grandes y pueblos de los tiempos pasados; buscamos nuestra historia en la suya y no sabemos resistir al placer de comparar nuestras creencias con sus opiniones, nuestros gustos con sus usos y nuestras esperanzas con sus destinos.»

MADRID VIEJO

Cuatro recintos puede afirmarse que tuvo Madrid. ¿Cuál fué el primero? Según todas las probabilidades, «comenzaba la muralla detrás del Alcázar, en el mismo sitio del Real Palacio, iba a la Puerta de la Vega, trepaba a espaldas de los Consejos, bordeaba la plazuela de Santa María, con una puerta o arco del mismo nombre, frente a la calle del Factor, y por el pretil volvía al Alcázar» (1).

Cuando ganó la Villa Alfonso VI, en el siglo XI, sus fuertes murallas seguían esta dirección: «Arrancaban por detrás del Alcázar (Real Palacio) y seguían a la Puerta de la Vega, y penetrando por entre las casas del Marqués de Povar (hoy de Malpica) y el Hospital de San Lázaro (chica de Osuna), bajaban a las huertas del Pozacho (calle de Segovia), dirigiéndose hacia la Puerta de Moros, pasando en

(1) F. Dorado, *Madrid*.

seguida por los límites de lo que después se llamó Cava Baja y calle del Almendro, hasta salir a Puerta Cerrada (donde a la sazón está la cruz de piedra). Subía por la Cava de San Miguel hasta la calle Mayor, sitio conocido tiempo adelante por las Platerías, donde se alzaba la Puerta de Guadalajara, pasando luego por entre las calles del Espejo y de los Tintes (Escalinata) a los Caños del Peral, torciendo, por último, hacia el Alcázar, no lejos del cual, mirando al Norte, se hallaba otra puerta conocida con el nombre de Balnadú» (1).

Quadrado, en su libro *Recuerdos y Bellezas de España*, hace la siguiente descripción del Madrid de entonces: «Reducíase a un estrecho recinto por el lado occidental, situado sobre escarpados ribazos a lo largo del Manzanares; y aunque tan estrecho obtiene ya el nombre de segunda cerca, respecto de otra que se supone primitiva. Desde la Puerta de la Vega, angosta y fuerte, que dominaba las feraces márgenes del río, subía el muro por las ásperas cuestas de las Vistillas a enlazarse con la Puerta de Moros, que miraba hacia Toledo, y junto a la cual había, en mezquino barrio, los restos de la vencida raza. Torcía luego hacia Sudeste por la conocida aún por Cava Baja o Foso, a cuyo extremo se hallaba la Puerta Cerrada, y sobre ella esculpido un dragón o culebra, que a los apasionados ojos de los anticuarios era irrecusable argumento de su griega fundación. Por la Cava de San Miguel comunicaba con la Puerta de Guadalajara, la más suntuosa de todas, vuelta al Oriente, en medio de las Platerías, flanqueada por dos torres de pedernal, y asentada sobre el arco de sillería más rica y hermosa capilla cubierta de donados y esculturas, sobre la cual arrancaban tres torrecillas, formando un grupo de brillantes capiteles, y la del centro, más alta que las otras, contenía un reloj con vistoso artificio y estatuas de gigantes. Siguiendo la calle del Espejo hallábase al Norte, hacia los Caños del Peral, la Puerta de Balnadú, angosta y tortuosa como las demás, y desde allí iba la muralla derechamente a reunirse con el Alcázar. En la aspereza y desigualdad del terreno, en la forma irregular de sus calles y plazuelas, aunque reformadas, todavía revela este núcleo de Madrid su antigua procedencia, y en el mapa topográfico se diseña limpiamente sobre el inmenso acrecentamiento en que se halla como anegada. Pero la cerca y las puertas desaparecieron conforme quedaron metidas en la población; el ruinoso desfiladero que formaba Puerta Cerrada, receptáculo de ladrones y facinerosos, obligó a tapiarla, antes de ser demolida en 1569; y la de Guadalajara, con su magnífico ornato del siglo xv y del xvi, sin duda, que los cronistas creen cándidamente obra de romanos, pereció en 1580 en una noche de regocijo, incendiada por la misma copia de luminarias.»

Escasa importancia tenía en verdad esta primitiva población; pero los destinos que la Historia tenía asignados a Madrid bien pronto comenzaron a cumplirse. A partir del siglo xii, y en virtud del privilegio que en 1152 le concediera Alfonso VII, comenzó Madrid a adquirir importancia, hasta llegar a ser, andando

(1) Ortega y Rubio, *Historia de Madrid y de los pueblos de su provincia*. No estamos conformes con este historiador cuando afirma que éste fué el primer recinto de Madrid, basándonos para ello en el testimonio de Quadrado, que dice que este recinto «obtiene ya el nombre de segunda cerca respecto de otra que se supone primitiva».

el tiempo, la Corte de las Españas y la espléndida población que hoy contemplamos.

Mas hasta el siglo xvii no existe un documento dubitativo de lo que la Villa abarcaba. Es éste el llamado plano de Teixeira, conocido también por el de Amberes, por ser éste el lugar donde se hizo el año 1656, y que, como preciada joya, se conserva en el Archivo Municipal (1).

En dicho plano, como en él se dice, «se demuestran todas sus calles, el largo y ancho de cada una de ellas, las rinconadas y lo que tuercen; las plazas, fuentes, jardines y huertas; con la disposición que tienen las parroquias, monasterios y hospitales, están señalados sus nombres con letras y números, que se hallarán en la tabla, y los edificios, torres y delanteras de las casas están sacados al natural, que se podrían contar las puertas y ventanas de cada una de ellas».

En efecto, la exactitud del dibujo es tal, que no sólo se conoce el trazado, disposición y giro de las calles, sino los muchos edificios públicos y particulares, de los que algunos de ellos conservan el mismo aspecto en su planta y arquitectura.

La Puerta de Alcalá, mezquina y entre dos torrecillas, se hallaba hacia el palacio del Duque de Bailén, siguiendo la tapia por detrás de donde estuvieron las huertas de Recoletos y otras con sus legendarios cipreses, formando ángulo con la que después fué de la Veterinaria. La Puerta de Recoletos, también de pobre construcción, venía luego; seguía después la de Santa Bárbara. Se ven a continuación algunos trozos muy irregulares de cerca, hasta llegar a la Puerta de los Pozos de la Nieve, en la que es hoy glorieta de Bilbao. Entre ésta y la de Santo Domingo (Fuencarral) se ve otra, llamada de Maravillas, que cerró después el jardín de Bringas. En la misma ronda se ve el palacio y cerca del Duque de Monteleón, hasta la salida del Conde Duque de Olivares, y continuaba la de San Joaquín (Portillo de San Bernardino). La montaña del Príncipe Pío quedaba fuera de la población, pues la cerca bajaba costeándola desde el portillo de San Joaquín hasta el camino del río, encerrando varias huertas, para llegar al puente del Parque de Palacio, sito donde la fuente de la Regalada, por bajo de Caballerizas. Dicho Parque seguía hasta el Manzanares y lo que se llamaba la Tela. La Puerta de la Vega aparecía entre dos cubos con algunas apariencias de fortaleza, y la de Segovia venía a continuación. Desde allí subía la cerca por las Vistillas hasta el convento de San Francisco, sin que se vea en el plano el portillo que posteriormente abrió el Licenciado Gilimón de la Mota, Fiscal del Consejo de Hacienda. Por último, seguía la cerca a la Puerta de Toledo, sita más arriba que la actual; luego el Portillo de Embajadores y el de Lavapiés, llamado de Valencia más adelante, prosiguiendo a la de Vallecas, que después se llamó de Atocha, para concluir, dando vuelta al Retiro, en la de Alcalá.

He ahí el recinto del pueblo capital de la potencia dominadora del siglo xvi; he ahí el recinto donde los descubridores de tierras venían a ofrecerlas en homenaje;

(1) A más de éste existen tres ejemplares de dicho plano. Uno de ellos lo posee la familia de D. Antonio Maura; otro el conocido madrileñista D. Juan Pablo Montejo, y el otro el Centro de Hijos de Madrid, aunque este último está incompleto, por estar recortado por los lados.

de donde salían decretos concediendo o negando lugar en que vivir; cuyos sabios brillaban en Trento, enseñaban en París y Bolonia y escribían, en lenguaje que se hablaba en todo el mundo, obras inimitables. Y en este recinto estrecho, mezquino, se escuchó la musa de Lope de Vega y Calderón, de Tirso y Moreto, de Quevedo y Solís, nacidos dentro de sus tapias; aquí brillaron Cervantes y Mariana, Velázquez, Murillo y Coello; aquí existió la corte caballeresca del Buen Retiro, y aquí también cada día llegaban nuevas de las prodigiosas victorias que por mar y tierra obtenían las armas españolas, o de las enormes pérdidas de España, sola contra todos, y que, al fin y a la postre, hubo de caer abrumada únicamente por el peso de su propia grandeza.

Y de lo que era la Villa entonces da idea el plano de Texeira. Setenta conventos, más bien más que menos, «con sus vastas huertas, achicaban la superficie habitable intramuros, y carente la Villa de plan de urbanización, tapaban, irregularizaban, estrechaban las calles esos caserones y sus dependencias, edificados a capricho, rodeados con paredes por donde se antojaba, en colaboración con las casonas solariegas, libres asimismo de cualquier ordenamiento» (1). Y por si esto fuera poco, el supersticioso temor de enmendar la plana a la naturaleza hacía que se edificase donde se podía, en medio de sinuosidades, quebraduras y altibajos de las colinas.

Por un lado, las murallas, apretándola como con un dogal, y por otro, los conventos y casas señoriales, consumiendo el poco espacio que en el interior quedaba libre, hacían que las casas se estrujasen unas con otras y que fuera un verdadero cálculo geométrico el aprovechamiento del espacio.

Este es, pues, el Madrid viejo, el germen de la que hoy es grande, moderna y populosa urbe que, como se ve, se hallaba encerrada en un pequeño cerco bien determinado.

Mas... por desgracia para los amantes del arte, de las tradiciones y de la historia, es muy poco lo que actualmente conserva el carácter típico. Los derribos hechos sin ton ni son dieron al traste con lo sabroso que se conservaba y que, como veneranda reliquia, debió transmitirse de generación en generación.

* * *

Como acabamos de decir, hiciéronse los derribos, la mayor parte de las veces sin obedecer a un plan. Casi siempre que se verificaba alguna reforma o mejora se ejecutaban las demoliciones olvidando todo el mérito artístico o histórico de los edificios que se iban a derribar. Como si se hubiese pasado una esponja por las páginas de la Historia, del Arte, o por los sagrados recuerdos de queridas leyendas o respetadas tradiciones, comenzaban a darse piquetazos, confundiéndose en unos mismos golpes lo viejo sin mérito alguno con lo antiguo de valor inconmensurable,

(1) F. Dorado, *Madrid*.

porque inspiradas imaginaciones pusieron en ello sus manos o porque los hechos acaecidos le dieron ante las generaciones futuras un recuerdo imperecedero.

Y que esto es cierto lo demuestra, entre otros, el derribo de San Felipe el Real, hasta no quedar de él más que un recuerdo vago, que lentamente se irá perdiendo en el rápido pasar de los días, dando al olvido que aquellas sus famosas gradas «fueron—como dice en su precioso libro *El Madrid Viejo* Enrique Sepúlveda—la sublime *atracción* de los caballeros desocupados del siglo de oro; un lugar de cita, no devota por cierto, junto al coro de los Padres Agustinos; un laboratorio de noticias; un chisme en activa génesis; un pasquín perpetuo, aunque invisible, donde sin pie de imprenta ni editor se daban a conocer los rumores más nuevos, más curiosos y a veces mas horrendos», dando al olvido que aquellas sus famosas gradas, conocidas por el *Mentidero*, fueron lugar donde lucieron su ingenio infinitas veces los discípulos del maestro López de Hoyos, y al que concurrieron, al igual que si fuese una Academia, Villamediana, con la flor y nata de los galanes almidonados; algunas veces, Calderón; Quevedo, a todas horas; Cervantes, de paso; Lope, jovial; Alarcón, maldiciendo; Rojas, callando, y Moreto, preparando un chiste, que Quevedo recogía para lanzarlo al pueblo como una luz de bengala. Y todo aquello que se ofrecía como flores del gran jarrón del ingenio, ha venido a sustituirlo un destartalado edificio, sin que un mal recuerdo hiciera memoria de las gradas de San Felipe el Real. El *Mentidero* ya no existe, ya no hay un sitio donde acudir a murmurar; pero, ¡oh, manes del Destino!, en aquel mismo lugar donde tanto se habló, donde tanto se criticó y de donde salieron veloces tantas noticias, se levanta, como un trofeo del siglo, la Central de Teléfonos, por el misterio de cuyos hilos se murmura tan de lo lindo y a tan largas distancias.

Demuestra también el que los derribos se hicieron sin que el amor a Madrid y a sus tradiciones y a su historia fuesen su guía, aquella malhadada demolición de Santo Domingo el Real. Alzábase el dicho convento en la plaza que hoy lleva su nombre, y fué fundado por el Patriarca Domingo de Guzmán (1), en la segunda década del siglo XIII. De aquel coro, considerado por eximios escritores y artistas como pasmo y maravilla, no queda nada. Del sepulcro de D. Pedro el Cruel; de las tumbas de D. Juan de Castilla, doña Constanza, su hija, nieta del Rey don Pedro; de la Infanta doña Constanza, hija del Rey D. Fernando IV el Emplazado, y de otras Infantas, Princesas y damas de alcurnia de la Villa y Corte, no queda nada. De aquel convento, en que la leyenda también tuvo su asiento (2), y en el que fué enterrado con gran pompa el Príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II (3), no queda

(1) En las obras, y a pesar de su elevada estirpe y de su gran saber, trabajó como un vulgar jornalero.

(2) Fernández de Oviedo, en la *Quincuagena*, relata que, habiendo sido enterrada una señora, creyendo que estaba muerta, en los panteones de la iglesia, estando las monjas en el coro comenzó la resucitada a dar grandes golpes en las losas del pavimento. Las monjas, aterradas, huyeron, y este suceso sirvió para volver a establecer la moralidad y la clausura en el convento, que por aquel entonces se hallaban bastante relajadas. Tirso de Molina, en la comedia *El Rey Don Pedro en Madrid o el Infanzón de Illescas*, llevó a la escena una tradición de la época de dicho Rey.

(3) Cinco años después, como es sabido, fué trasladado a su panteón definitivo de El Escorial.

nada. «No queda nada—dice Sepúlveda—de aquella grandeza histórica, de aquella opulencia conventual que fomentaron los Reyes de España; ni el templo, ni el claustro, ni el ábside, ni la cruz de la leyenda, ni las torres, ni las campanas que llamaron a la oración y lloraron tristezas reales por centenares de años, ni los panteones ilustres, ni el locutorio semi-académico, ni el archivo del convento, que guardó tantos papeles gloriosos.» Execración merecen en nombre del arte y de la patria quienes tan mal supieron velar por sus glorias y conservar para las generaciones venideras el legado que recibieron de las pasadas (1).

Demuestran también, finalmente, para no hacernos más extensos, el que los derribos se hicieron sin tener en cuenta lo que ello significaba para la Villa de Madrid las demoliciones del convento de monjas Vallecas y el Hospital de la Latina, cuya puerta, al decir de los que la conocieron, era de lo mejor que en arquitectura atesoraba la Villa.

Mas... por desgracia, aunque estamos en el siglo xx, siglo de la luz y del progreso, y aunque el llegar a los altos cargos debe ser una prueba de cultura, no deberá ser así cuando se ejecutan o consienten determinados actos. Aquel ministro que no ha muchos años autorizó pintar la fachada de Gobernación en un encarnado subido; aquella autoridad que consintió que se encalara la preciosa fachada de las Calatravas; aquel Director de la Academia de Ciencias Morales y Políticas que permitió se pintara la fachada, de estilo gótico, de la llamada «Casa de los Lujanes» en un amarillo claro, merecen el que sus nombres figuren en la picota de la incultura. Y... ¿qué diremos de aquel que acaba de consentir se encale y pinte de un gris plomizo, moteado y rayado, asemejando piedra y dándole aspecto de casona destartada, la antigua fachada del convento de las Comendadoras, quitándole el vetusto aspecto y severidad antigua?

* * *

Poco, en realidad, queda del Madrid antiguo. Tan sólo restan algunos viejos rincones desperdigados y en los que incultas manos, en nombre de la civilización o de la higiene, no han osado aún tocar. ¡Como si la civilización mandara destruir la Historia o el arte antiguo, y como si la higiene fuese incompatible con las tradiciones y las leyendas! Mas, por ser tan poco, debemos conservarlo con sin igual interés. Ello es una ofrenda que haremos a la Patria.

Puerta del Sol ⁽²⁾

No hay calle de Madrid que no lleve a la Puerta del Sol. No hay cosa que hacer en Madrid para la cual no haya que pasar por la Puerta del Sol. Si dos amigos

(1) Y aún una calle de Madrid ostenta el nombre del Alcalde en cuya época se hizo el derribo.

(2) Decimos aquí lo mismo que dijimos anteriormente. No pretendemos hacer una detallada descripción de calles y sitios antiguos de Madrid, porque ese trabajo está hecho por Cambrone-

tienen que citarse lo hacen en la Puerta del Sol, y si se sale de paseo hay que pasar por la Puerta del Sol, pues de lo contrario el paseo no sería completo. Si ocurre algún suceso y queremos enterarnos, vamos a la Puerta del Sol, y si deseamos contemplar caras bonitas, nos estacionamos en alguna de las aceras de la Puerta del Sol.

La Puerta del Sol tuvo una fortaleza (1) que tenía un arco, sobre el cual había pintado un sol (2). La Puerta del Sol tuvo una fuente que se llamaba la *Mariblanca*, a la que acudían los aguadores a proveerse del precioso líquido y los golfillos a zambullirse en la tradicional noche de San Juan. La Puerta del Sol tuvo unos cajones donde se vendía de todo: quincalla, telas, cintas, medias, ligas, abalorios, etcétera. La Puerta del Sol tiene su suelo amasado con la sangre que los madrileños derramaron el 2 de mayo en su lucha contra el invasor. La Puerta del Sol acogió en su seno, en el Buen Suceso, el primer hospital que tuvo la Corte. Pero todo ello no son más que recuerdos. Un buen día se derribó el arco del sol. Otro, se presentó, pico al hombro, una legión de energúmenos y comenzaron a derribar casas y más casas, a fin de hacer hueco para un edificio de Correos, que luego se apropió Gobernación. Y otro buen día el agua de la Mariblanca dejó de correr y la fuente quedó desmontada. En su lugar se puso una farola, y después ha venido a sustituir a ésta el destartalado y antiestético jaulón de la estación del «Metro».

Pero la Puerta del Sol es todo Madrid, es la Villa en compendio. Durante luegros años ha sido tenida como el centro de Madrid; ahora dicen unos que le sustituyó la Cibeles, otros la glorieta de Bilbao y, finalmente algunos, *¡más progresistas!*, sostienen que la glorieta de Cuatro Caminos; pero, sea cual fuere el centro geométrico, la Puerta del Sol es el centro de Madrid. Tampoco el corazón es el centro geométrico del cuerpo humano y, sin embargo, es el centro de la vida. Así, la Puerta del Sol es el corazón de Madrid.

La Plaza Mayor

Muy cercana a la Puerta del Sol se levanta aún gallarda y majestuosa la vieja Plaza Mayor, luciendo el vistoso aparato de balcones simétricos y de bocacalles históricas.

«Si D. Felipe III—como dice Sepúlveda—lograra hincar la espuela real en los hijares de su caballo de bronce y éste se moviera en sentido circular por aquel rondel que fué teatro de esplendores y bizarrías nunca vistos, no es dudoso que, por efecto magnético de una evocación potente y apasionada, habría de levantarse

ro y, modernamente, el ilustre escritor y cronista de Madrid, Pedro de Répide, lo hace diariamente en el periódico *La Libertad*, por lo que fuera gran osadía por nuestra parte. Tan sólo citaremos algunos de los sitios que conservan más tradiciones y más recuerdos históricos.

(1) Esta fortificación fué una de las varias que se construyeron por los partidarios del Rey Carlos I cuando el levantamiento de las Comunidades.

(2) De aquí viene el nombre de Puerta del Sol.

de sus tumbas, vestida de gala, toda una legión encantadora de bellezas madrileñas, alegres, risueñas, exuberantes de gracias y atractivos, con otra legión de galanes altivos, de mancebos elegantes, pendencieros, enamorados, descendientes de las clases más altas de los héroes legendarios, que avasallaron la tierra conocida y descubrieron la desconocida, obligando al sol a no ponerse jamás en sus dominios.»

Y nada, en verdad, más cierto. Al poder de la evocación comienzan a surgir como por encanto toda una serie de alegres fiestas que tienen por cohorte una pléyade de grandes de España, títulos de Castilla, nobles de blasón, hijodalgos de castillos roqueros, confundiendo en una amalgama de coloridos, vistosas ropillas, capas, gregüescos y valonas, o bien tristes sucesos vienen a dar tétrica animación, si se nos permite decirlo, a la plaza, viéndose desfilar por ella frailes de todos los conventos, inquisidores y familiares del Santo Oficio.

En ella se han celebrado innumerables acontecimientos. La vemos, en 1599, adornada por el gremio de plateros con todas las joyas y piezas de tela de oro que poseía para festejar la entrada de la Reina Doña Margarita. En ella se celebran, con grandes festejos de procesiones, danzas, fuegos y encamisados, las canonizaciones de San Isidro, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri; en ella se alzan pendones por Felipe IV, y en 1700 es proclamado solemnemente Felipe V; presencia, en 1621, el rodar a los pies del verdugo la cabeza del ministro y favorito D. Rodrigo Calderón, y en 1648 son degollados en ella el General D. Carlos Padilla y el Marqués de la Vega; se engalana para celebrar una fiesta de cañas en honor del Príncipe de Gales; más tarde Carlos I, huésped a la sazón de la Villa, presencia también fiestas reales de toros para celebrar la entrada de la Reina María Luisa de Orleans, esposa de Carlos II, el de los hechizos, y las celebradas para festejar las bodas reales de Fernando VII y su hermano D. Carlos; tres veces el fuego la purgó de sus pecados, y los autos de fe, en 1624, 1632 y 1686, diéronla el aspecto tétrico de los lugares de suplicio; en ella se reflejan las oscilaciones políticas del pasado siglo, por lo que en agosto de 1812 se descubre sobre el balcón de la *Panadería* la lápida con la inscripción, en letras de oro, de Plaza de la Constitución, para dos años más tarde ser arrancada y sustituida con el de Plaza Real; vuelve el nombre de Plaza de la Constitución a adornarla, en 1820, y en el 23 vuelve otra vez a quitársele el mote; torna, en 1835, a adornarse con el de Constitución, y en el 73 se le añade el apellido de *federal*, que es borrado al desaparecer nuestra efímera república.

¿Para qué seguir? Estos verdes jardines que hoy contemplamos en ella están regados con la sangre de los milicianos y la Guardia Real, que en 1822 la tomaron como campo de batalla; con la del regimiento de España, sublevado, y el resto de la guarnición, que riñeron en ella un sangriento combate, y finalmente en ella, la noche del 17 de julio de 1854, se rompió el fuego, que dió principio a la lucha durante las tres jornadas de la revolución de ese año, que comenzó en Vicalvaro.

La calle Mayor

Si grandes son los recuerdos de la Plaza Mayor, no le van en zaga los de la calle del mismo nombre, cuya antigüedad se remonta a los orígenes de Madrid y por la cual han desfilado «todas las pompas de la Monarquía, todas las comitivas de Reyes en su entrada y salida de Madrid; las de proclamaciones y casamientos y las de llegadas de príncipes extranjeros; las de procesiones más importantes, como las del Corpus y Minerva; los entierros más notables y los sucesos más graves, entre otros el ocurrido estándose empedrando esta calle cuando estalló el motín contra Esquilache, en el que sirvió de arsenal de piedras a los amotinados dirigidos o no por el padre Cuenca».

Era la calle Mayor el paseo obligado de las damiselas y, por ende, de los galanes, y en sus días de fiesta acudían los Reyes a ver la *ruada* a los balcones de la casa de Oñate. Si un día pagó en ella el Marqués de Villamediana la osadía de la divisa «Son mis amores...», que se atrevió a ostentar en plena fiesta real, otro buen día presencié las sonrisas de complacencia de la Duquesa de Chebreuse por la acogida que la hicieron los vates del Mentidero, que, en obsequio de la bella dama, colgaron las barandillas de las gradas con sus capas y ferreruelos y la lanzaron al pasar saetas amorosas, inspiradas en el código de la galantería. Y si todos estos acontecimientos diéronla nombradía entre las otras calles, no se la dieron menos las casas números 82 y 95, aquélla donde nació Lope de Vega, y la segunda donde vivió y murió Calderón de la Barca.

La plaza de la Villa

Caminando desde la Puerta del Sol hacia la cuesta de la Vega y casi en el promedio de la calle Mayor se halla la plaza de la Villa, bello rincón del Madrid viejo y entraña del barrio que guarda más señales de vetustez y clasicismo.

Si ya en dicha plaza cerramos por un momento los ojos, dejando vagar a su placer la imaginación, pronto nos transportará ésta con sus potentes y doradas alas a aquellos ya lejanos días del siglo XVIII, en que el célebre ministro de Carlos III traía alborotada a la opinión y aperecidos los ánimos a la revuelta con su dudosa moralidad y sus atrevidas, aunque no mal intencionadas providencias administrativas, y si a lomos aún de la «loca de la casa» observamos atentos la expresada plaza al caer de la media noche, cuando al ruido del diurno trajinar sucede el silencio del nocturno quietismo, quizá no tardáramos en ver aparecer en ella por una de las calles que en la misma desembocan, al punto de desgranar lentas y acompasadas las doce las campanas del reloj de la Villa, un hombre que, con el rostro casi oculto por el embozo de la capa y el ala del sombrero cual si nada le diera, ni por el famoso bando del malquistado ministro prohibiendo el uso de las capas largas y de

los sombreros redondos y gachos, ni por los Alcaldes y Alguaciles, que recorrían de continuo las calles velando por el sosiego público, al par que por el exacto cumplimiento de la disposición ministerial, se desviaba cautelosamente junto a la pared de las viejas y destartaladas casonas de la mencionada plaza. Y si callados y ocultos seguimos en nuestro observatorio dejando volar la imaginación en alas de los recuerdos, tal vez no tardáramos mucho tampoco en ver salir por otra cualquier bocacalle cuatro hombres en traje militar (1), que cortan el paso al embozado, en tanto que uno de ellos dirige hacia él la luz de la linterna y mientras otro dícele algo que la distancia no nos deja oír. Mas, si andando quedo nos acercamos al grupo, podemos percibir y escuchar al que parece ser jefe de la ronda decir indignado: «Vosotros prended a ese hombre, y vos, maese Pedro, cumplid con lo mandado, recortadle la capa y apuntadle el sombrero.» Y si curiosos pretenden aquéllos ver el rostro del embozado, quizá también podríamos ser testigos invisibles de una escena rápida como el pensamiento y hasta oír el ruido de un golpe dado en la mano del que traía la linterna; el rodar de ésta por el suelo; una voz que exhala un quejido; otra que, ronca de ira, dice: «¡Y ahora tú!»; otra que prorrumpe en un «¡Jesús me valga!»; un hombre que cae desplomado en tierra; una ventana que se abre; un débil y movedizo rayo de luz que, vacilante, rompe desde lo alto por un momento la oscuridad de la plaza; una cascada y trémula voz de mujer, que exclama: «¡Virgen de los Desamparados, un hombre muerto!»... La ventana que se cierra de golpe; la luz que desaparece; la voz que se pierde; tres hombres que huyen gritando: «¡Favor a la Justicia!», y otro que, ocultando aún más el rostro con el embozo de la capa y el ala del sombrero, lanza una blasfemia y huye precipitadamente por una de las callejuelas que van a desembocar en la calle de Segovia.

.....

Un auto que pasa veloz dejando tras de sí una nube de humo. Ha tenido la virtud de sacarnos de nuestro sueño; pero nuestra alma está sedienta de añoranzas. Pausadamente nos dirigimos hacia la «casa de los Lujanes» y junto a ella, en el borde de la acera, tomamos asiento. Sin querer, el sueño vuelve a cerrar nuestros ojos, y en ese estado de somnolencia, en que el cuerpo duerme y el alma vela, quedamos sumidos por unos instantes.

.....

Suenan cuatro campanadas. Son las de la iglesia de San Salvador y es la hora de celebrar Concejo. Calle Mayor abajo viene el Corregidor. Y en el atrio de la iglesia, sin desesperantes discursos, cansados formulismos y flores retóricas, se ventilan los intereses de la Villa.

Mas... callad..., ¿qué pasa?...

He aquí en el callejón del Codo reunida la nobleza de Castilla, la flor de la Corte de Carlos V. En el palacio de los Lujanes se nota inusitado movimiento. La pequeña puerta ojival de la señorial casa, más pequeña hoy porque el dintel ha

(1) Llamábase entonces traje militar al uso de capa corta y sombrero de tres picos.

sido bajado en forma tal que no podría pasar un hombre sin inclinar la cabeza, se abre quedamente. Es la altivez castellana quien la ha preperado de esta forma para que el real prisionero se vea obligado al salir de su prisión a inclinar la frente. Los caballeros se descubren. El Rey sale; mas Francisco I, que ha visto la humillación que se le preparaba, como si hablara con los que le siguen, con los que están dentro, vuélvese de espaldas y en esta forma atraviesa la puerta sin bajar la cabeza, sin inclinar la frente (1).

Despertamos...

Estas miradas retrospectivas dejan triste el alma; pero esta tristeza es una tristeza que tiene alas de canción. Su comentario es como un zortcico en que el amor y el dolor se suavizan dulcemente.

La plaza de la Villa, esta mi amada plaza de la Villa, tiene para nosotros toda la vibrante evocación de una página de nuestra Historia. Aquel palacio (2) que mira hacia la calle Mayor nos recuerda al excelso franciscano y gobernante que recibió con un legado la dirección de la nave del Estado para entregarla en manos de su señor Rey; aquel Cardenal, al que la nobleza turbulenta hubo de preguntarle con qué poderes gobernaba, y él, fuerte como Richelieu y hábil como Mazarino, asomándose al balcón y mostrándoles los mosquetes de los soldados y las cureñas de los cañones, les contestó:

—¿Preguntáis por mis poderes?... ¡Ahí los tenéis! (3).

Y, si apartamos la vista de esta casa y la fijamos en la de los Lujanes (4), de

(1) De sobra sabemos que la Historia niega autenticidad a esta anécdota, pues donde el Rey francés estuvo prisionero fué en el Regio Alcázar.

(2) La casa a que aludimos es la llamada «Casa de Cisneros». Fué construida en 1537 por D. Benito Jiménez de Cisneros, sobrino del Cardenal de gloriosa fama en nuestra historia. En 1622 fué comprada por el Cardenal D. Bernardo de Rojas Sandoval, y en 1711, por D. Pedro Laso de la Vega, Conde de los Arcos. A consecuencia de un expediente que se inició en 1845, se dividió la casa en viviendas independientes, adoptándolas a los usos modernos. Desde esta época, las distintas habitaciones fueron ocupadas, entre otros vecinos, por ilustres personalidades: el General Zavala, Marqués de Sierra Bullones, el Marqués de Vallehermoso, Conde de Priego, los banqueros D. Enrique y D. Guillermo Oshea, el último de ellos Duque de Sanlúcar y Marqués de Villamejor, habiendo nacido en la finca su hijo, el actual Conde de Romanones. También habitaron la casa el Capitán general D. Ramón María Narváez, D. Enrique Saavedra, Duque de Rivas, el Conde de Haaren, Embajador de Austria y el Capitán general D. Camilo Polavieja. En 1909, por iniciativa del Alcalde, señor Conde de Peñalver, fué comprada por el excelentísimo Ayuntamiento a los herederos de la Casa de Oñate, y encargó al Arquitecto D. Luis Bellido los trabajos de restauración y adaptación del local para oficinas, llevándolos con tal acierto que, por lo que afecta a la parte arquitectónica, es una joya, y como local para oficinas, un lugar adecuado, de fácil acceso y con mucha luz y ventilación.

(3) Tampoco desconocemos que en esta casa no pudo ocurrir este hecho, por la sencilla razón de que fué construida por un sobrino del Cardenal.

(4) Es una verdadera pena, un gran dolor, que la Casa de los Lujanes, de tan preclara tradición e ilustre leyenda en la historia de Madrid, se halle tan abandonada como se encuentra; y esta pena y este dolor suben de punto cuando vemos que no es nada menos que el Estado su propietario y una Real Academia su inquilina. Pero el Estado, como en otras muchas cosas, hace lo del famoso perro del hortelano. En más de una ocasión, por iniciativa del Secretario del Ayuntamiento, tan amante de las glorias de Madrid, Excmo. Sr. D. Francisco Ruano, se han hecho gestiones para que el Estado cediese al Municipio el edificio y que aquél se encargase de su restauración; mas, por desgracia, estas gestiones no han llegado a feliz resultado.

fachada gótica, amplio portal y torre achatada, nuestros oídos oirán salmodiar el nombre del soldado vizcaíno que allá en Pavía tuvo a un Rey poderoso pendiente de su acero, y grabó su nombre con oro de buena ley en los anales de la Historia; y en esta casa, que sirvió de prisión a dicho Rey, dejó éste escrito en sus muros, en su torre achatada, en su fachada gótica, un timbre de gloria para la plaza de la Villa.

Y, por si algo le faltara, el arco mudéjar, que hábiles manos descubrieron siguiendo el trazado que una clara inteligencia y un alma artista les dictaron (1) complementan el matiz de la plaza, que, juntamente con la casa Ayuntamiento (2), constituye toda la plaza de la Villa.

Puerta de Moros

La tertulia a que yo concurría, lentamente se iba deshaciendo. Los amigos desfilaban hacia sus hogares. Y, desde aquellas altas horas de la noche, hasta que las estrellas empezaban a dormirse, Cansinos y yo vagábamos por las calles silenciosas y solitarias. Charlábamos a veces. Otras, las más, me limitaba a oír las impresiones que de cuando en cuando me comunicaba Cansinos.

¡Bien me acuerdo! Aquella noche era suave como los brazos de una enamorada. La luna había extendido su alfombra de plata y azul, y las calles parecían tener otro encanto. El viento dulce comenzaba a despertar la aurora. Yo hablé de separarnos y Cansinos me dijo:

—Sí, como en el capricho de Goya, Si amanecé nos vamos. Esta es la hora en que los poetas de Córdoba y Sevilla, después de estarse toda la noche platicando en los jardines, se levantan para la primera «zalá». Vámonos, sí; pero busquemos para despedirnos una gran plaza, que sea como una copa amplia para recoger la gran nostalgia de nuestra separación, y, en cuyo cielo, se pierdan esos cuervos de la despedida que aletean sobre nuestras cabezas...

Y el azar nos llevó a la gran plaza de Puerta de Moros. Largo rato estuvimos quietos y silenciosos. De pronto, Cansinos, con ojos cargados de milenarias nostalgias y recuerdos, comenzó a salmodiar un canto tenue como un suspiro. Y en el indeciso claror de la mañana, asemejaba Cansinos un inspirado derviche que cantara, en palabras que eran llores, la pérdida de algún bien, que no volverá. Y su plegaria, como con un buril, quedó grabada en mi corazón.

Oíd, oíd a Cansinos la canción que un alba entonó, y en la que cantó el alma de Puerta de Moros.

.....
«¡Puerta de Moros (*Bab-ul-moslimina*)!—Puerta que ya no existes sino en los

(1) Esta casa fué comprada por el Ayuntamiento el año 1923, y ha sido restaurada por el Arquitecto D. Luis Bellido, que es a quien aludimos.

(2) Por hallarse ruinosas algunas de las casas compradas para domicilio del Ayuntamiento se procedió a su reedificación en 1620. Veinte años después se acordó construir el actual edificio, que fué empezado el año 1645 y concluidas las obras el 1693.

sueños y que antaño te alzaste en esta amplia explanada que aún ostenta tu nombre, brindando la gracia de tu arco árabe al silencioso ir y venir de una raza romántica, lenta y soñadora.

»En la noche de luna llena, cuando el rostro dorado del astro semeja el semblante, amarillo de ausencia, de un amor o una amistad que torna, yo te veo erguirte de nuevo en el centro de la gran plaza, de esta gran explanada de los adioses, señalando el lugar en que deben separarse los enamorados y los amigos que no están llamados a vivir siempre juntos.

»Yo te veo y te siento sobre mí, cubriéndome con la diadema de tu arco, como un tierno consuelo a mi melancolía solitaria. ¡*Bab-ul-moslimina!*

»Como un límite real y eterno tú estás ahí, señalando la entrada de un barrio romántico y desierto, de calles en pendiente, donde el aire dormido tiene un frescor de soledad y densas celosías cubren y defienden el pudor de estancias interiores, que apenas si arrojan al que pasa el reflejo de una luz o un eco de armonía.

»Barrio callado y triste, que parece guardar una pena de ausencia, y está en la noche vibrante de arrullos y suspiros de un amor vedado, y de rezos de un culto proscrito, de una vida íntima e invisible, llena de esperanzas y anhelos.

»Dijérase que en la noche de luna alguien cuenta las lunas que pasaron desde que el pueblo desterrado cruzó por última vez bajo tu arco, *Ba-bul-moslimina*, y pensando ya cumplido el tiempo de la ausencia, apresta vestiduras de gala y requiere las grandes llaves para salir a abrirle al que torna, *Ba-bul-moslimina*.

»Aunque no existas sino en el nombre lleno de añoranzas, yo te veo siempre ahí, tan real como tus hermanas del Cairo y Túnez, como esa puerta de Bab-Azun que desvela mis sueños; estás ahí, rodeada del pueblo de muertos que otro tiempo pasó y se cobijó bajo tu arco, y que ha dejado en esta plaza su sombra azul, severa y delicada, cual un gran manto largo, desplegado y tendido.

»En la noche de luna, cuando en la esquina donde tú ya no estás, me asaltan como amigos gratos aunque tristes, la soledad y el silencio de este barrio romántico, de este barrio último de la ciudad, siento cual si yo fuese el ausente que torna y qué misterio me ha llevado a vivir en sus casas; siento que un gran calofrío de nostalgia y poesía hace temblar mi corazón.»

.....

Puerta Cerrada

Subiendo por la vieja calle de Segovia, hacia la no menos vieja de Toledo, tropiézase con Puerta Cerrada; pero, aunque su nombre diga lo contrario, puede pasar por ella todo el que quiera con holgura y comodidad. Ya Tirso de Molina conoció el flaco de la dicha puerta cuando decía:

«Como Madrid está sin cerca,
a todos gustos da entrada;
nombre hay de *Puerta Cerrada*...
mas pásala quien se acerca.»

Y si, en efecto, la pasamos, veremos sobre un pedestal de piedra erguirse solemne y severa una cruz, sobre la que apareció un día el letrero siguiente:

«¡Oh, cruz fiel!
¡Oh, cruz divina!
que triunfaste,
del pérfido Marquina.»

con que el pueblo castigó al Corregidor, que, so pretexto de que las cruces servían más bien de irreverencia que de símbolo de fe, desmontó en aciaga noche todas las que por plazas y plazuelas fueron colocando las arraigadas creencias de pasadas generaciones. Pero si ello fué por el motivo que expuso, o por el que se calló, el *sambenito* de irreverente y descreído no pudo quitárselo jamás de encima.

Desaparecidas la del Espíritu Santo, que se levantaba sobre los solares donde se hallaban aquellas tenduchas morunas que un rayo redujo a cenizas; la de la plazuela del Angel, la que había en la Puerta del Hospital y la del Humilladero, la cruz de Puerta Cerrada es la única que sirve de testimonio de la fe de nuestros mayores, y da carácter típico a la plazuela de Puerta Cerrada.

El Salón del Prado

Ramón Gómez de la Serna, el original escritor, decíame un día: «Yo puedo hablar del Prado, porque yo soy «El hijo del Prado». Como hijo espontáneo del Prado, como su cigarra, estoy dispuesto a trazar unos diálogos, que llamaré «Paseos por el Prado». Y, en efecto, habló del Prado como él sabe hacerlo, y escribió un bello libro que tituló «El paseo del Prado».

En este libro cuenta Ramón todo lo que primitivamente fué el Prado; habla del Prado en los siglos XVII, XVIII y XIX, y, con observaciones atinadas cual pocas, da el matiz de lo que es el Prado actualmente. Leyéndole se ve el Prado, se siente uno en el Prado.

Del Prado se han ocupado poetas, prosistas, historiadores y madrileñistas. Villamediana, cáusticamente, dijo:

«Llego a Madrid y no conozco el Prado,
y no lo conozco por olvido,
sino porque me consta que es pisado
por muchos que debiera ser pacido.»

En términos conceptuosos, Lope de Vega se expresa así:

«Los Prados en que pasean
son y serán celebrados;
bien hacéis en hacer Prados,
pues hay bien para quien sean.»

Cervantes, en la despedida de Madrid, exclama:

«Adiós, dije a la humilde choza mía;
adiós, Madrid; adiós, tu Prado y fuentes
que manan néctar, llueven ambrosía.»

La musa callejera compuso esta seguidilla:

«Como corren los tiempos
libres y alegres,
muchos salen al Prado
por darse un verde.»

En una comedia antigua, se lee:

«Irás al Prado, Leonor,
en cuya grata espesura
toda divina hermosura
rinde tributo al amor.
¡Cuántos mirándote allí
aumentarán sus desvelos!
No quieran, Leonor, los cielos
que te los causen a ti.»

De las aventuras que en él ocurrían, hablan estos versos:

«Si ir al Prado dejares
tu esposa, loco,
mientras ella va al Prado
vete tú al Soto.»

Un historiador lo describe de esta forma:

«Tienen prevención de arboledas vecinas las poblaciones numerosas, donde el agua de las fuentes enfría el aire, el aire las hojas, para que las hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Esto en Madrid se llama el Prado.»

El Prado se convirtió bien pronto en paseo de damas y damiselas, galanes y caballeros. A él acudía toda la nobleza a lucir sus galas y su boato.

El Prado es de ilustre abolengo en la historia de Madrid. Desde el Prado se ve aquel Monasterio que sirvió de lugar de recogimiento para los Reyes, sitio para sus juras y hasta para celebrar las primeras Cortes.

El Prado, por la noche, entre la encubridora oscuridad y la espesa arboleda, era lugar a propósito para galanteos, y a él acudían las sirenas del amor, por lo que otro historiador dice a este respecto:

«Es un gran bosque, donde se sale como quien dice al ojeo, con la particularidad que en él suele ser más frecuente ver liebres buscando galgos que galgos buscando liebres.»

Mesonero Romanos, en sus *Escenas Matritenses*, nos pinta de mano maestra el Prado y nos describe una de las escenas que en él ocurrían.

La invasión francesa lo transformó en campo de batalla, y después, ya en nuestros días, ha quedado convertido en un paseo para niños, con su cortejo de niñeras y soldados.

Jardines del Buen Retiro

¡Jardines del Buen Retiro! ¡Arboles que reverdecisteis tras otros crudos inviernos! Bajo tus frondas pasearon señoriles los condes elegantes, las duquesitas pizpiretas, mientras la pavana española, altiva y orgullosa como un hidalgo de la vieja Castilla, reía entre las brisas de tu ramaje.

¡Jardines del Buen Retiro!, en los que señores de escurrido meollo y damitas de empolvada cabellera y resbaladizo chapín lucían su garbo y gentileza, mientras el Rey poeta dedicaba algo más que sus ocios, en grave daño de la nave del Estado, a rimar una flor con una estrella.

¡Jardines del Buen Retiro!, por cuyos laberintos de sendas enarenadas acaecían aquellos escauceos galantes, cuyo picante relato hace cubrir con los abanicos los rostros de las honestas y esbozar sonrisas maliciosas al par que exclaman un tanto ruborizadas:

— ¡Oh!... ¡Nuestros abuelos!...

¡Jardines del Buen Retiro!...

Pero... ¿para qué seguir?... Perdonadme el que no evoque un ejército de abanicos y peluquines por estos caminos demasiado anchos ya para una aventura. Dejemos dormir en sus cajas de sándalo las tramas floridas y sutiles de las mantillas.

En estos jardines felices, jardines actuales, se siente toda la loca alegría de vivir; el correr de la sangre alborotada, el querer ser pájaro, que canta y vuela todo el día; el ambicionar que venga el atardecer para, en esa hora de añoranzas, sentir el encanto de ese recuerdo eternamente vivo, de un ayer amado por nuestros pensamientos.

No demos del todo al olvido la muerte de las flores que se han abierto en otras primaveras en estos mismos rosales; las mujeres que han estado tristes sin motivo una vez; los hombres galantes que han mentido amor muchas veces. Sintámonos plenos de nostalgia y entonemos una bella canción, en palabras que son susurros, mientras nuestra mano aprieta dulcemente otra, tibia y sonrosada. Y, al igual que antaño, nuestros labios dirán: «Amada, ha vuelto a resucitar la Primavera. En estos jardines, donde se celebraron otras fiestas tan fastuosas, celebremos la nuestra, florida como los rosales que se han abierto nuevamente, y bajo aquel árbol donde una dama caprichosa, que amó un poquito el desvarío, dejó caer su pañuelo de encajes, juntemos nuestros labios y nos haremos la ilusión de que nos creemos mutuamente, aunque mutuamente sepamos que nos engañamos.»

Ahora, como entonces, ¡oh, jardines del Buen Retiro!, sois el lugar donde se

cultiva el amor. Si antes en vuestras frondas tenían asiento amores reales, hoy sirven para cobijar los amores de estudiantes y modistas.

Mañanitas del Retiro, en que modistas y estudiantes, antes de emprender las diurnas tareas, muestran toda la alegría de las almas mozas.

Mañanitas sanjuaneras, en que modistas y estudiantes se solazan animadamente, y brota el amor como flor espontánea.

Mañanitas floridas, en que modistas y estudiantes, con sus risas de cristal, rasgan el silencio de los árboles en las sendas de los túneles tejidos por ramas anudadas.

Mañanitas alegres, en que modistas y estudiantes pasean su chillona algarabía por las mansas aguas del estanque.

Para vosotras sea mi saludo cariñoso, como para las suntuosas fiestas de antaño mi recuerdo.

PARTE TERCERA

Monumentos característicos

Castelar, en su estudio *Madrid en la Edad Media*, dice:

«Nuestra capital no competirá jamás en monumentos con las primeras ciudades hispanas, tan ricas de arquitectura; pero compite con todas, y aún las aventaja mucho, en famosos recuerdos históricos.»

Nada más cierto. Madrid carece, en efecto, de una Alhambra como Granada, de un Alcázar como Sevilla, de una Mezquita como Córdoba, de un Acueducto como Segovia, de una Catedral como Burgos, de unas murallas o de conventos como Toledo; pero en recuerdos históricos, no tan sólo compite con todas ellas, sino que las supera. A partir del siglo XVI la Historia de España se reconcentra en Madrid, yendo ambas unidas. Castelar, en la obra citada, explica esto del siguiente modo: «El verde prado, ameno bosque y clara fuente que lo caracterizan, el cielo azul y espléndido que lo esclarece, la cordillera multicolor que lo airea y encanta, deben bastarnos a comprender cómo en todo tiempo tuvo crecida población bienhadada y atraído así reyes, cual potentados y magnates.» Y lógico era que estando en ella la corte se desarrollase en ella la Historia de España, y que al pasar los tiempos fueran dejando un reguero de recuerdos históricos.

* * *

Aun cuando en el tema nada se diga de monumentos históricos o artísticos, y, dadas sus palabras, pudiera sospecharse por algún espíritu sutil que los monumentos a que se alude en él son los de carácter típico y tradicional, y que éstos son o pueden ser distintos de aquellos otros, creemos, sin embargo, que, aun en la hipótesis de que así hubiera de entenderse el tema, nada de lo dicho en el texto se hallará al margen de aquél ni, por supuesto, de la ciencia arqueológica, pues sabido es de todos los que han ojeado siquiera algunos tratados de Arqueología las numerosas y diversas ramas que constituyen esta ciencia y las múltiples divisiones y subdivisiones a que dan origen los diferentes órdenes de conocimientos que comprende, aun después de reducida a sus actuales límites la amplísima esfera de acción que en sus orígenes se les atribuyera. Y siendo esto así, y que es así no cabe dudar, ¿qué pudiera objetarse fundadamente contra la inclusión, en su caso, de

los aludidos monumentos en el vasto campo comprendido dentro de esos dilatados límites, y luego dentro, a su vez, de la que nos atreveríamos a llamar arqueología clásica española? Porque, aun suponiendo que alguno o algunos de esos monumentos no se ajustaran rigurosamente a los cánones del arte o a las enseñanzas de la Historia, ¿podría por eso excluirseles con razón del grupo de monumentos históricos o artísticos? ¿Podría por eso consentirse su destrucción, sin grave daño del arte, imperdonable agravio de nuestras venerandas tradiciones y evidente desdoro de la cultura y el honor de la Nación? ¿Por ventura no son, a veces, esos monumentos los que precisa y realmente dan a las ciudades, a pesar de cualquier ligera desviación de aquellos postulados de la historia o del arte que hubiera en ellos, su carácter típico y tradicional? ¿Los que más y más gratos recuerdos evocan a veces de nuestro glorioso pasado, y los que más y más dulce y estrechamente nos suelen unir, o mejor dicho, atar a las generaciones que precedieron y los levantaron?

* * *

No hacemos una relación de los monumentos característicos de Madrid porque, después de los trabajos de Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos, Cambrónero, Rincón Lazcano, F. Dorado, Ortega y Rubio, sería osadía por nuestra parte, al mismo tiempo que tendríamos que limitarnos a una copia de lo dicho por esos eximios escritores.

PARTE CUARTA

Legislación municipal que defienda el carácter típico y tradicional de la ciudad e impida la desaparición de sus monumentos característicos

Antecedentes históricos

No es, ciertamente, de ahora cuando nuestros Gobiernos, dicho sea en su merecido elogio, convirtiendo su mirada a la interesante materia de nuestras riquezas arqueológicas, dictaron sabias medidas encaminadas a juntar y ordenar los monumentos históricos y artísticos que nos legaron las pasadas edades y evitar su desaparición. Ya desde principios del siglo XVIII existía en Madrid, formando parte de la Biblioteca Nacional, y merced a la generosidad y al amor de Felipe V a las ciencias, un Museo Arqueológico, así en el ramo de librería como en el de pintura, y así en camafeos, medallas, impresiones en yeso y de bellas obras del arte grabado como en valiosas antigüedades procedentes de las primeras excavaciones hechas en Pompeya y en Herculano.

Y no habían transcurrido seis lustros desde la creación de dicha Biblioteca cuando el mismo Felipe V expedía un decreto creando la Real Academia de la Historia, unida también, en un principio, como los citados museos, a la referida Biblioteca. Esta Academia no tardó en reunir, gracias a la perseverancia y la actividad de sus ilustres individuos, y a la liberalidad, para estas obras inagotable, del mencionado monarca, un copioso y valioso monetario, y otras no menos copiosas y riquísimas colecciones de monumentos de todas clases de antigüedades históricas.

Otra institución que, si bien proyectada muchos años antes de su definitivo establecimiento, no tuvo, sin embargo, lugar hasta el año de 1757, ya en el reinado de Fernando VI, quien, dicho sea en su encomio, profundamente enamorado de la idea, estableció premios generales y pensiones en el extranjero para las personas que en él debían recibir el complemento de su educación artística, y que dotó al nuevo instituto con la suma de 12.500 pesos, dándole además su nombre, fué la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, en la cual se conservan también obras merítimas de pintura y de grabado que, con las que asimismo atesora de escultura y vaciado en yeso, antiguas y modernas, de exquisito mérito, sirven eficazmente para el estudio de las obras bellas de la antigüedad.

Obra de la citada Academia de la Historia fué la instrucción sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos que se descubrieran en el reino, que, por encargo de Carlos IV, redactó dicho Centro, y que, aprobada por Cédula del Consejo de 6 de julio de 1803, se incorporó luego a las leyes de la Novísima Recopilación, constituyendo la tercera del título XX, libro VIII de dicho Cuerpo legal (1).

Las guerras extranjeras y civiles que, desgraciadamente, ensangrentaron el suelo patrio en las primeras décadas de la pasada próxima centuria, y, como secuela indeclinable de ello, el estado de constante perturbación del orden público, unido a los egoísmos de unos, a la ignorancia de otros y a la indiferencia de los más, fué causa de que, haciéndose caso omiso de aquellas instrucciones, como también de lo prevenido en las Reales órdenes de 16 de octubre de 1779 y 14 del mismo mes de 1801, prohibiendo la extracción de objetos artísticos antiguos, continuara efectuándose la desaparición de nuestras riquezas arqueológicas, ya por la destrucción de ellas por la acción del tiempo y el abandono de los hombres, ya por la mano de éstos, ya, en fin, por su enajenación a manos extrañas (2). Por lo cual, y con motivo de los descubrimientos hechos en el cerro llamado Cabezo del Grego, en la provincia de Cuenca, se mandó por Cédula del Consejo Real, fecha 2 de octubre de 1814, que «se recordase a las justicias del reino la obligación que tenían de

(1) El olvido en que había llegado a caer esta disposición lo demuestra palmariamente la Real orden de 6 de febrero de 1865, por la cual se excitaba el celo de los Gobernadores civiles y de las Comisiones de monumentos para que se cumpliera exactamente lo dispuesto en la precitada ley.

De notar son también las leyes 4.^a y 5.^a del libro I, título II del mismo Código de la Novísima Recopilación, dando instrucciones para la ejecución de obras en las iglesias y sus altares, a fin de que se hicieran con arreglo al arte, y cuya transcripción omitimos en obsequio a la brevedad.

(2) Sin que, al exponer lo que vamos a transcribir, tomándolo de una disposición ministerial, fecha 28 de abril de 1837, nos impulse el afán de exculpar en absoluto a aquellos españoles que, poseedores de objetos arqueológicos, se desprendieron de ellos, dando lugar a que fueran a servir de precioso ornamento de palacios o museos extranjeros, menester es, sin embargo, reconocer en honor de la verdad la razón con que a propósito de esto se decía en la citada disposición: «A esta devastación—aludía a las producidas por las guerras extranjeras e intestinas que azotaron nuestro suelo en la primera mitad del siglo último—se agrega la extracción que la industria extranjera, calculando fríamente sus méros sobre nuestras propias ruinas, hace de tales curiosidades, aprovechándose de nuestras disensiones domésticas para despojarnos de cuanto ha sido siempre cebo de su envidia.»

A lo cual creemos huelgue añadir, con el ilustre historiador D. Modesto Lafuente, lo que con motivo de las infinitas depredaciones realizadas por los franceses durante la guerra de la Independencia, dice dicho autor: «...pero esto no impidió para que llamado él (el General Hugo) a su vez, y tocándole ser el último en evacuar definitivamente la capital del reino, desempeñara la triste y poco honrosa misión de llevar consigo o delante de sí los muchos y preciosos objetos científicos, artísticos e históricos de que había despojado la codicia del invasor los templos, los palacios, los museos y los archivos de Madrid, de Toledo, de El Escorial, de Simancas y de otros pueblos de la Nueva y de la Vieja Castilla, como antes lo habían hecho en las Andalucías».

«En efecto—continúa diciendo el mismo autor—, el 26 de mayo vieron los habitantes de Madrid partir un numeroso convoy de coches, galeras, carros y acémilas, en que iban, no sólo los comprometidos con el Rey intruso y sus familias y enseres, que éstos los vieron arrancar sin pena los buenos españoles, sino también las preciosidades que desde el tiempo de Murat habían sido sacadas de las iglesias, edificios y establecimientos que hemos dicho, para enriquecer con ellos sus palacios, si en España permanecían; los museos y palacios de Francia, si allá los empujaba otra vez su merecida mala ventura.»

velar sobre el cumplimiento de la ley Recopilada y la conservación de la gloria y buen nombre de sus pueblos».

Defendida cada día más la cultura mediante el penoso, pero constante, caminar de las ciencias; relativamente mejoradas las vías de comunicación; facilitado el comercio o intercambio de las ideas, y propagada la afición a los estudios arqueológicos por los meritisimos trabajos de los eminentes anticuarios Valdeflores, Pérez Bayer y el P. Flórez, en España, y por Spon, Motffaucon, Fabricius, Cayluz y Winckelman, en el extranjero, y agónica, por otra parte, si es que no muerta, la antigua Sociedad Numismática, fundada en 1837, natural era que los hombres de buena voluntad y amantes del saber, al par que del honor y la gloria de España, sintieran vehementes deseos de dotar a ésta de un nuevo Centro de cultura que tuviera por objeto el estudio de nuestras riquezas arqueológicas y la conservación y custodia de las mismas en lugares adecuados y seguros, y que pudieran ser por todos visitados. En su consecuencia, poniendo a contribución todas sus iniciativas y energías para el logro de sus nobles y muy legítimos anhelos, obtuvieron, en efecto, la Real orden de 5 de abril de 1844, por la cual se declaró a dicho Centro *Academia Nacional*, con el título de *Sociedad Arqueológica Matritense y Central de España y sus Colonias*. Qué era esta nueva Asociación, ella misma lo decía en uno de los artículos de sus Estatutos, aprobados en 27 de octubre de 1845, con palabras plenas de tan elevados sentimientos que no sabemos resistir la tentación de transcribirlas: «...difundir por toda la nación el estudio y examen científico de las antigüedades en todos los ramos del saber; buscar y publicar las obras inéditas de autores españoles que merezcan ver la luz pública, siempre que versen sobre puntos arqueológicos e históricos; evitar en cuanto pueda la destrucción de los monumentos antiguos españoles y, en caso inevitable, pasarlos a la posteridad por medio de descripciones, dibujos y grabados; fomentar entre los hombres entendidos en arqueología, sean de cualquier nación, una Sociedad cuyos individuos se auxilien mutuamente en las obras científicas y literarias que emprendan y se presten una amistosa hospitalidad en sus viajes; establecer un lenguaje arqueológico universal; formar la estadística monumental de Europa, y promover, por último, por cuantos medios sean factibles, el progreso de las ciencias arqueológicas». De eterna prez son dignos, sin duda, los insignes varones que tan altos ideales perseguían y que con tan acendrado patriotismo e inmaculado amor al saber se expresaban.

Por los mismos días, y compartiendo, por tanto, con los inolvidables fundadores de dicha Sociedad, el honor y la gloria que para ellos y España constituía el establecimiento de la expresada Academia, se dictaron las Reales órdenes de 13 de junio y 24 de julio de 1844, creando aquélla las Comisiones provinciales de monumentos históricos y artísticos, y dando la otra las instrucciones que dichas Comisiones debían observar; y algo más tarde—15 de noviembre de 1854 y 24 de noviembre de 1865—los Reales decretos organizando las Comisiones central y provinciales, el primero, y aprobando el reglamento de estas últimas, el segundo.

Disposición también de igual importancia en el orden que nos ocupa, fué, igualmente, la contenida en el Real decreto de 20 de marzo de 1867, por el que se estableció en Madrid el Museo Arqueológico Nacional; se ordenó que se formaran

Museos provinciales de la misma clase en aquellas provincias en que se conservasen numerosos e importantes objetos arqueológicos; que en las demás se crearan colecciones con los objetos que se fueran reuniendo, y se dispuso, por último, que se trasladasen a él todos los objetos arqueológicos y numismáticos existentes en los centros que se mencionan en el artículo 3.º, número 4 del supradicho artículo.

Los azarosos días que sucedieron al cambio de cosas en el orden político a que dió lugar la revolución de 1868, hicieron, por desgracia—nunca, en verdad, bastante llorada—que, como *si un ciego espíritu de devastación se hubiera apoderado de algunas autoridades populares*, llevaran a cabo las más injustificadas demoliciones de preciosos monumentos, así históricos como artísticos y tradicionales, de nuestra gloriosa antigüedad, por lo que, y con el fin, altamente laudable, de evitar que siguieran cometiéndose tan brutales atropellos—que de crímenes pudieran calificarse—el Gobierno de la República, justamente indignado, dió, en 1873, un decreto dictando acertadas disposiciones para atajar, como queda dicho, tamaños desmanes e impedir su posible reproducción.

Pero, si con las medidas y disposiciones de que queda hecho mérito pudo ponerse remedio a muchos de aquellos vituperables atropellos y evitarse, con unas y otras, la total destrucción de nuestra riqueza arqueológica, preciso es reconocer que los atentados contra esos gloriosos restos de nuestras pasadas grandezas siguieron, y aún siguen, a veces, realizándose, ya por la abominable codicia de los unos, ya por la supina ignorancia de los otros, y ya también a causa, las más de las veces, de la indiscutible indiferencia de todos o casi todos.

Y persuadidos de ello nuestros Gobiernos al par que de la utilidad, o, mejor aún, necesidad de la conservación de esos preciados testimonios del valor de nuestros antepasados, y testigos incorruptibles de las edades que fueron, y resueltos, en su consecuencia, a poner coto de una manera más firme y definitiva a tales hechos, reveladores de una lamentable y vergonzosa incultura, se dictó una ley destinada a evitar la desaparición del rico tesoro de nuestras antigüedades, creando para ello, por Real decreto de 6 de diciembre de 1883, una Comisión encargada de formular las bases de la proyectada ley de conservación de dichas antigüedades.

Ni han parado aquí las medidas adoptadas por nuestros gobernantes para el logro de sus nobles anhelos respecto de tan interesante materia, sino que, deseando llevar a cabo su patriótica empresa de la manera más acertada que fuera posible, se dispuso, por Real decreto de 1 de junio de 1900, primero, y por otro de 14 de febrero de 1902, después; por aquél, que se procediese a la formación de un catálogo monumental y artístico de la nación, y por el segundo, que se continuase el inventario general de monumentos históricos y artísticos, con arreglo a las instrucciones en el mismo Real decreto contenidas.

Reproducidos los abusos, si no en forma tan escandalosa como antes, no por eso menos digna de correctivo, vióse el Gobierno obligado de nuevo a acudir en remedio del mal, que, como tenaz y mortal enemigo de nuestras riquezas arqueológicas, amenazaba, más o menos clandestinamente, pero de manera cierta, acabar con ellas, dictando en su consecuencia la ley de 7 de julio de 1911, por la cual, y entre otras disposiciones, se reserva el Estado el derecho de hacer excavaciones,

se declaran propiedad del mismo las antigüedades descubiertas casualmente en el subsuelo o encontradas al demoler antiguos edificios y se adoptan medidas para evitar la extracción de aquéllas. Pero tampoco fué esto ni ha sido bastante para hacer desaparecer los peligros, que siguieron y siguen aún amenazando, de vez en vez, la existencia o conservación de nuestras riquezas arqueológicas, viéndose en su consecuencia precisado el Estado, para evitarlo en cuanto fuera posible, a dictar la Real orden de 29 de agosto de 1922, corroborando (artículos 3.º y 4.º) las disposiciones de la ley de 7 de julio de 1911, de la de 4 de marzo de 1915 y el reglamento de 1 de marzo de 1912, y, finalmente, el Real decreto de 29 de enero de 1924, haciendo obligatorio el referido reglamento.

Lo expuesto, aunque a grandes rasgos, y pasando, por tanto, por alto, para no pecar con exceso de prolijos y cansados, otras muchas disposiciones y preceptos, ya de carácter general, ya referentes a determinados monumentos, ora reformando o recordando el cumplimiento de otros anteriores, ora dando instrucciones sobre la ejecución de obras que pudieran afectar a los precitados monumentos, o bien, por último, incluídos aquéllos (los preceptos) en leyes que, si dirigidas a otros fines, pueden, a veces, rozarse sus prescripciones con los precitados monumentos (1), basta para evidenciar el interés constante con que desde la aparición en el campo de la bibliografía de las principales obras de la ciencia arqueológica, y, por tanto, puede decirse de su verdadera constitución, han atendido nuestros Gobiernos a la conservación y al estudio de nuestras mencionadas riquezas, bien a virtud de las iniciativas de nuestros Monarcas o de las de sus Consejeros y Ministros, bien a petición de particulares, amantes de esa clase de estudios.

Mas si de un lado complace ver el celo con que Monarcas, Gobiernos y algunos particulares han procurado evitar la desaparición de esos comprobantes irrecuables del Estado, de la industria, de la ciencia, de las costumbres, de las instituciones y de la cultura general del país en las varias épocas de su historia, fuerza es decir que por otro apena pensar el crecido número de disposiciones de todas clases que ha habido necesidad de dictar para poner a salvo esos preciosos comprobantes de las manos destructoras de la ignorancia, de las perniciosas de la indiferencia o de los ruines anhelos de la codicia o de la envidia.

(1) Entre las disposiciones a que se alude en el texto, y sin contar las referentes a monumentos determinados, que son numerosísimas, ni las que dejamos citadas en aquél, pueden anotarse, como principales respecto a las dictadas en el último pasado siglo, las Reales órdenes de 11 de enero de 1808, 12 de febrero de 1817, 4 de mayo y 14 de septiembre y 1 y 10 de octubre de 1850 y 23 de junio de 1851 sobre obras en edificios artísticos; las Cédulas del Consejo Real de 2 de octubre de 1818 y 19 de septiembre de 1827 sobre conservación de monumentos artísticos; los artículos 161 de la ley de Instrucción pública de 9 de septiembre de 1857, el 83 del reglamento dictado para la ejecución de la ley de Expropiación forzosa, de 1879, y aun también el 585 del Código penal, y ya en estos últimos años la Real orden de 25 de agosto de 1917 sobre excavaciones y antigüedades, y, finalmente, para no hacer esta nota interminable, las Reales órdenes de 1 de enero y 10 de octubre de 1919, dando la primera carácter fijo a los Conservadores de monumentos nacionales, y creando la segunda el cargo de Delegado regio provincial de Bellas Artes. Todo lo cual pone de manifiesto, de una manera patente, la plausible atención que desde ya lejanos días han prestado nuestros Gobiernos constantemente a esta rama de la Administración pública, aun en medio de las turbulencias del país y de las grandes y diarias tareas de su cargo.

Desarrollada, afortunadamente, cada día más y con mayor impulso la afición a esta clase de estudios, incitada, sin duda, de una parte, por el maravilloso adelanto de los medios de comunicación e información de nuestros días, y de otra, por los valiosos descubrimientos que, con relativa frecuencia, se vienen haciendo—entre ellos, algunos, por cierto, de extraordinaria importancia y el más satisfactorio éxito—, y, consecuentemente, cada día también más dispuesto el Estado a evitar la desaparición de las aludidas riquezas, de esperar es que esos lamentables hechos a que antes hacemos referencia constituyan con el tiempo verdaderas excepciones, y aún que, un día no lejano, reconocida por todos la extraordinaria importancia de tales monumentos sean, por todos también, y al amparo de la acción tutelar de los Gobiernos, debidamente respetados cual, sin duda, lo merecen como obras de nuestros antepasados, por los recuerdos que de ellos evocan y las añoranzas que nos producen.

Las Ordenanzas municipales de Madrid

Doloroso es decirlo y pena da el confesarlo; pero las Ordenanzas municipales de la Villa de Madrid no consagran ninguno de sus títulos, ni aun siquiera uno de sus artículos, a velar por los monumentos de la Villa, ya pertenezcan éstos al orden artístico, ya al histórico, ya sean respetados y venerados por las tradiciones y leyendas que encierran.

Es más; en el artículo que dedican a la clasificación de las fuentes públicas, se habla de las fuentes monumentales y de adorno, y en los artículos posteriores, en que se dan reglas para el uso y disfrute de las fuentes y de las aguas, no hay ni una sola prescripción encaminada a defender las monumentales y de adorno de cualquier posible atentado que contra ellas pudiera cometerse.

Y al hablar después de la conservación de edificios, no determinan, ni dan otras reglas, más que las referentes a su estado de solidez y limpieza, y al tratar de las demoliciones, no fijan su atención, aunque fuera de pasada, en los monumentos de valor artístico o histórico.

Junta de arte público

Esta deficiencia de las Ordenanzas municipales, este lamentable olvido, no tenía más remedio que ser suplido, como lo fué, por Concejales, que, amantes de Madrid y de sus glorias, reclamaron, por medio de proposiciones y de ruegos al Alcalde en las sesiones, se guardaran y conservarían todos aquellos monumentos que encerraran algún valor artístico o histórico; pero todo ello, como hijo circunstancial siempre de algún atropello que se hubiera cometido, era prontamente olvidado, y todo seguía en el mayor de los abandonos.

También los Alcaldes se ocuparon en diversas ocasiones de esta materia, siendo uno de ellos D. Eduardo Vincenti, quien en sesión del 21 de julio de 1905 presentó a la aprobación del excelentísimo Ayuntamiento una moción creando una Junta Consultiva de Arte público, en la cual moción se dictaban reglas para fijar las condiciones de ornato de los edificios y al mismo tiempo se velaba para que no desapareciesen esos gloriosos vestigios que las generaciones pasadas dejaron como legado a las generaciones presentes, los cuales tenemos obligación de conservar para las generaciones venideras.

Disposiciones del Estatuto Municipal.—Juicio crítico

Habida consideración de nuestros múltiples y honrosos precedentes legales de que hemos hablado; de la cuantía, variedad e interés de las riquezas arqueológicas que existen en nuestro suelo, y a la importancia, en fin, que, como queda repetidamente dicho, tienen esos gloriosos testimonios de las pasadas centurias para el estudio de la Historia y para el descubrimiento e investigación de ciertos hechos ignorados o poco conocidos como testigos fidedignos de las edades y generaciones que pasaron, y guías fieles para el conocimiento de los antiguos pueblos y las grandezas de nuestros ilustres antecesores, natural era que al darse una nueva organización a nuestras Corporaciones municipales, más conforme con los nuevos horizontes abiertos por las ideas modernas a todas las ramas del Derecho y a todas las manifestaciones de la actividad humana, se incluyera entre los servicios por el flamante Estatuto encomendados a los Ayuntamientos, el de la conservación de los monumentos históricos o artísticos enclavados en el recinto de sus ciudades, pues, como acertadamente decía el Real decreto de 15 de noviembre de 1854, cuyas elocuentes palabras no creemos inoportuno transcribir aquí, sería «mengua de nuestra cultura abandonar al olvido estos preciosos restos de las artes, que constituyen una herencia de gloria a la cual no podemos renunciar y un legado de la piedad y sabiduría de nuestros padres, que por gratitud y por el amor que les debemos, por el respeto a sus nombres inmortales, estamos obligados a conservar como un depósito sagrado, como un ornamento precioso de nuestro suelo, como el comprobante de la civilización y grandeza de las pasadas edades y como el testimonio más irrecusable de sus altos merecimientos».

Por eso, y para evitar que por falta de apego a este género de riquezas, por ignorancia de los valimientos de esas reliquias de las pasadas épocas, de esos, en su mutismo, elocuentes vestigios de pueblos y generaciones que se extinguieron en el tráfico de la vida y el correr de los tiempos, o por cualquier otra causa, pudieran los Ayuntamientos, «con mengua en frases de un distinguido escritor de esa afección sentimental de los pueblos hacia sus cosas memorables, sin la cual apenas se concibe el amor al terruño», incurrir en tamaño deshonor a causa del silencio de la ley, el artículo 150 del vigente Estatuto Municipal declara con plausible acuerdo que es de la competencia de dichas Corporaciones (y por consiguiente obligación

de las mismas) la conservación y mejora y, en su caso, adquisición de los monumentos históricos y artísticos existentes en sus respectivas poblaciones, y los artículos 102 en su párrafo 2.º, y 103 y 104 del Reglamento sobre obras, servicios y bienes municipales ratifican y hasta cierto punto amplían aquel precepto. Con lo cual dicho se está que, de hoy en adelante, las expresadas Corporaciones deberán velar con doble motivo por la conservación de esas inestimables huellas de pueblos o generaciones que desaparecieron, y que, «como caracteres de piedra de un abecedario complicado, pero legible para los arqueólogos de todas las épocas», dejaron impresas al través de los siglos en el viejo y glorioso solar español.

Mas lo que no hace el Estatuto ni tampoco el citado reglamento, no obstante su carácter de tal y por la razón que haya sido, es dictar los cánones o reglas necesarias para el desenvolvimiento de los aludidos preceptos, vacío que, si en el Estatuto no es después de todo de extrañar por su condición de ley substantiva o constitucional, no así respecto del reglamento que, como conjunto de disposiciones adjetivas enderezadas a la ejecución de aquél, estaba llamado a contener todos los preceptos conducentes al debido desarrollo y cumplimiento de aquel otro del mencionado Estatuto.

Por lo cual, y a fin de que desaparezca esa laguna que pudiera por lo menos en determinadas ocasiones dificultar el exacto cumplimiento de esos previsores mandatos legales o impedir la acertada realización de los mismos, que se imponga la necesidad de una ley que, saliendo al encuentro de tales peligros y teniendo como base la indisputable utilidad o, por mejor decir, necesidad de la conservación de los monumentos históricos dichos, facilite, por supuesto, con las debidas garantías de acierto, la realización de los precitados mandatos del Estatuto mediante trámites breves, sencillos y económicos. Así lo demandan a una en nuestro sentir los respetos debidos a nuestros progenitores, la importancia de esas obras y los intereses espirituales y aun también los materiales de los pueblos, especialmente hoy que tanto desarrollo va adquiriendo el turismo y que tantos beneficios reporta éste.

Novedad en la legislación municipal de lo preceptuado en el Estatuto referente a la materia que tratamos

Por si pudiera extrañarse que en la ligera reseña histórica que anteriormente hemos trazado sólo hagamos mención de disposiciones del Estado dirigidas a proteger los monumentos arqueológicos de la Nación, sin que se cite ninguna por la cual se haya impuesto nunca a los Ayuntamientos la obligación que hoy les atribuye el Estatuto de velar por la conservación de los monumentos históricos o artísticos radicantes en el recinto de sus localidades, creemos oportuno manifestar que a proceder así nos ha decidido:

1.º Que, careciendo de precedentes en nuestra legislación municipal el pre-

cepto del número 18 del artículo 150 del Estatuto (1), natural era que acudiésemos a aquellas disposiciones como fuentes o centro común, si vale decirlo así, del que sin duda se deriva el mencionado precepto; fundamento a su vez que debía ser de la legislación destinada a defender el carácter típico y tradicional de la ciudad, si se quería, como nosotros deseábamos hacerlo, exponer con la mayor claridad que nuestras facultades nos permitieran las razones básicas que aconsejan la promulgación de aquella ley. Y para ello necesario era, a nuestro juicio, o por lo menos altamente conveniente, demostrar primero el vivo y constante interés con que nuestros Gobiernos de todos los tiempos han venido velando por la conservación de estos gloriosos vestigios de los pueblos o de las generaciones que fueron, para deducir de ahí, a falta de otros precedentes, las razones que, en armonía con los propósitos de *ensanchar la autonomía* de los Municipios (y emanciparlos del antiguo y asfixiante centralismo) que imperan en el Estatuto, han debido influir en el ánimo de sus autores para incluir en aquél el precepto tantas veces dicho, y, como consecuencia final de todo ello y del silencio, por otra parte, del Estatuto y de los reglamentos dictados para su ejecución, acabar exponiendo la necesidad de una ley que defienda eficazmente la conservación de los aludidos monumentos como manifestación acabada, fiel e indiscutible que son de las artes, los gustos, las ideas, las costumbres, y, en suma, de la peculiar manera de ser de las generaciones que los erigieron.

2.º Que el hecho de que algunas de aquellas disposiciones de la Administración pública se refieran a monumentos arqueológicos *muebles* no obsta a que se haga mención de ellas en la expresada reseña, pues no es sólo por su naturaleza, sino también por su objeto o su destino por lo que los monumentos arqueológicos tienen importancia y merecen ser estudiados y conservados. Esto sin contar con la amplia acepción que, como es sabido, tiene en Arqueología la palabra monumento; y

3.º Que aun cuando en el tema que desarrollamos se hable sólo de monumentos característicos, y en las precitadas disposiciones, de monumentos históricos o artísticos, tampoco puede ponerse esto como reparo a la referencia que de estos últimos se hace en la antedicha reseña, por las mismas razones que expusimos cuando tratamos en la parte tercera de los monumentos característicos, siempre, ni que decir tiene, que verdaderamente interese la conservación de los referidos monumentos por su rareza, su origen, su destino o, para acabar, por los recuerdos que evoquen.

Bases para poder formular un proyecto de ley

Estas son dos: primera, su finalidad, y segunda, medios para lograrla.

¿Cuáles son éstos?

(1) No se nos oculta que para aquellos espíritus apasionados de los *precedentes*, algo quizá pudieran encontrar, alambicando los conceptos, en las disposiciones del párrafo segundo, artículo 2.º y artículos 4.º y 8.º de la ley de 4 de marzo de 1915, y párrafo segundo del artículo 17 del

1.º La intervención en el expediente de técnicos y Centros culturales de indiscutible competencia para la declaración acertada de que el monumento merece ser conservado por su carácter típico o tradicional o su importancia arquitectónica, histórica o tradicional.

2.º La intervención asimismo de la acción tutelar del Ayuntamiento para impedir en los indicados edificios todas aquellas obras que pudieran perjudicar el carácter histórico o tradicional de los mismos o sus méritos arquitectónicos o artísticos, y concesión a la Corporación municipal de medios rápidos y eficaces para el logro de ello y el del aseguramiento del monumento.

3.º Facilidad para promover los aludidos expedientes y concesión de garantías que aseguren su conclusión en plazo breve y compatible con la seguridad de acierto en la resolución definitiva.

4.º Concesión al Ayuntamiento de medios económicos compatibles con las disposiciones vigentes sobre la Hacienda Municipal para la conservación, mejoramiento o adquisición, en su caso, de los monumentos de referencia.

5.º Estimular la acción de todos los amantes de la ciencia arqueológica o de nuestras viejas y venerandas tradiciones y de los intereses de nuestra Villa, para asegurar el carácter típico y tradicional de la misma mediante la conservación de sus monumentos característicos.

En cuanto a su finalidad, o mejor aún, su importancia y necesidad, por tanto, de dicha ley, puesto que su finalidad ya la expone el tema y, de conformidad con el mismo, ya queda claramente manifestada en el articulado de la proyectada ley, basta añadir a lo expuesto en el curso de este trabajo que, como ha dicho un distinguido escritor, «negar la utilidad de la arqueología sería tanto como negar la utilidad de la historia», y no sabemos de nadie a quien, gozando del pleno dominio de sus facultades mentales, se le haya ocurrido poner siquiera en tela de juicio la utilidad de la última.

Proyecto de ley para la defensa del carácter típico y tradicional de la ciudad e impedir la desaparición de sus monumentos característicos ⁽¹⁾

ARTÍCULO PRIMERO. Todo español, mayor de edad, podrá solicitar del Ayuntamiento de Madrid que se declare monumento histórico o artístico municipal aquel que, por su carácter típico y tradicional, merezca ser conservado.

Real decreto de 11 de agosto de 1918, para estimar estas disposiciones como *precedentes* de la del Estatuto, citadas en el texto; pero, a nuestro modo de ver, y aun prescindiendo de la significación gramatical de la palabra *precedente*, las diferencias que hay entre unas y otras disposiciones son tan importantes y evidentes que no permiten que se consideren las primeras como precedentes de la última.

(1) Dos dudas surgen en seguida que se trata de desarrollar el presente tema. Es la primera si esta legislación tiene que estar dada por el Ayuntamiento por el Poder central; pero las palabras del tema son bien claras: «Legislación». Y como legislación viene de legislar, y legislar no

La solicitud se extenderá en papel de diez céntimos, y será dirigida al Alcalde como Presidente del Ayuntamiento, consignándose en ella, con la mayor brevedad posible, la descripción del monumento, las noticias que acerca del mismo pudiera facilitar el solicitante y las razones que hubiera para evitar la destrucción de aquél.

También se expresará en la solicitud si hay motivos para temer que el monumento pueda sufrir deterioro, bien por el estado ruinoso o el abandono en que se hallare, bien por cualesquiera otras causas, de no adoptarse prontamente las medidas oportunas para evitarlo.

ART. 2.º El Secretario del Ayuntamiento o el Jefe o empleado de la oficina encargada de la recepción y registro, expedirá en el acto, y gratuitamente, recibo de la solicitud, con expresión de los documentos que se hubiesen acompañado.

ART. 3.º Incoado por el Secretario el oportuno expediente con la solicitud y los documentos que se hubiesen acompañado, dará cuenta de ello a la Comisión municipal Permanente en la primera sesión que dicha Comisión celebre, inmediatamente después de la presentación de la mencionada solicitud.

ART. 4.º Sin perjuicio de lo establecido en el artículo anterior, si por lo manifestado por el solicitante en su instancia o por otras noticias que se tuvieren, hubiera motivos para temer que el monumento pueda sufrir daños o deterioros durante la tramitación del expediente, el Alcalde, oyendo al Arquitecto municipal, adoptará, desde luego, las medidas que se estimen absolutamente indispensables e inaplazables para evitar aquellos daños o menoscabos.

Los gastos que estas medidas originasen se pagarán con cargo al capítulo de «Imprevistos». Si estuviera agotado o fuera insuficiente, se pagarán con el crédito figurado para «Conservación de monumentos artísticos e históricos», y si éste estuviese también agotado o fuese insuficiente, se observará lo prevenido en el artículo 11 del Reglamento de la Hacienda Municipal de 22 de agosto de 1924.

Antes, sin embargo, se notificará el acuerdo de la Alcaldía al propietario del monumento, para que, si quiere, realice por su cuenta dichas obras, apercibiéndole de que, de no hacerlo en el plazo que en la notificación se le señalare, las hará el Ayuntamiento a costa suya.

ART. 5.º En la misma sesión de la Comisión municipal Permanente en que, según lo dispuesto en el artículo 3.º, se hubiese dado cuenta del expediente, se acordará que pase éste a la Comisión municipal de Monumentos, que luego se dirá, para que ésta emita informe con la mayor brevedad.

ART. 6.º La indicada Comisión de Monumentos se compondrá de cinco perso-

puede hacerlo más que el Poder central, el Estado, esta legislación del tema no son bandos, ni reglamentos, ni acuerdos, sino un proyecto de ley.

La segunda duda es si este proyecto de ley es sólo para Madrid o para todos los Municipios. La palabra ciudad que se emplea en el tema parece significar que se desea una legislación de carácter general, ya que Madrid no ha ostentado ni ostenta ese título, sino el de Villa; pero teniendo en cuenta que este concurso es convocado por el Ayuntamiento de Madrid, que es un concurso restringido entre sus funcionarios, y que lo que desea el Ayuntamiento es estimular al estudio a sus empleados, y el que se le faciliten soluciones a sus problemas son razones más que suficientes para demostrar que ha querido decirse sólo para Madrid.

nas inteligentes y celosas para la conservación de nuestras antigüedades, las cuales serán nombradas por la Comisión Permanente, y ésta o el Alcalde.

Compondrán dicha Comisión de Monumentos, además de las personas indicadas en el párrafo anterior, el Arquitecto municipal, que será Vocal nato de la misma; el Alcalde, que la presidirá, y el Secretario del Ayuntamiento, que lo será también de aquélla. Este último con voz, pero sin voto.

El Secretario del Ayuntamiento podrá delegar su asistencia al seno de la Comisión en un empleado competente de la Secretaría.

También podrá delegar su asistencia el Alcalde en un Teniente de Alcalde, cuando por enfermedad u otro impedimento no pudiera concurrir a las reuniones de la referida Comisión.

Ninguno de los asistentes a dichas reuniones podrá abstenerse de votar.

ART. 7.º La referida Comisión se denominará Comisión municipal de Monumentos históricos y artísticos, y se regirá por las mismas disposiciones que rijan para el funcionamiento de las otras Comisiones auxiliares del Ayuntamiento, sin otras diferencias que las de que, por razón de su carácter, no podrá prescindir, en ningún caso, de oír al Arquitecto, y que habrá de procurar siempre emitir su informe en el plazo más breve posible para coadyuvar, en cuanto de ella dependa, a la consecución de lo dispuesto en el artículo 20.

ART. 8.º Serán atribuciones de esta Comisión:

a) Adquirir noticias de los monumentos que existan en la población, y que por su carácter típico y tradicional merezcan ser conservados.

b) Proponer al Ayuntamiento la formación de catálogos, descripciones y dibujos de los indicados monumentos, así inmuebles como muebles, que, por hallarse en edificios que no pudieran conservarse, merezcan ser transmitidos en esta forma a la posteridad.

c) Proponer también al Ayuntamiento la restauración de aquellos monumentos que se encuentren en estado ruinoso, y sean de verdadero valor para las Artes y la Historia.

d) Denunciar ante el Ayuntamiento los abusos cometidos en dichos monumentos, así cuando éstos fueran de la propiedad de aquél como de la de particulares, o las reparaciones improcedentes que en aquéllos se hicieran, y desfiguraran el carácter y las formas de los mismos.

e) Evacuar, con la mayor prontitud que fuera posible, los informes que la Comisión municipal Permanente o el Ayuntamiento le pidieran sobre el mérito e importancia de los monumentos históricos o artísticos de la ciudad que deban adquirirse, conservarse o restaurarse.

ART. 9.º La Comisión municipal de Monumentos, antes de emitir su informe, acordará que por el solicitante se aporten todos los datos, noticias y antecedentes que tuviera respecto del monumento, así históricos como tradicionales, que aconsejaren su conservación y que no hubiera expuesto en la solicitud, con expresión de los archivos, bibliotecas y autores de las obras y títulos de éstas que de ello trataran, o en que aquellos datos y noticias se encontraran.

También podrá acordar, si así lo estimare conveniente, que se anuncie en el

Boletín del Ayuntamiento de Madrid la solicitud dirigida al Ayuntamiento, y requiriendo a los que, por su amor patrio y sus aficiones a este género de estudios, pudieran facilitar también noticias acerca del monumento que recomendaren la conveniencia de evitar su destrucción.

El plazo fijado, en su caso, en estos anuncios no podrá exceder del término de ocho días, a contar desde la fecha de su inserción en los periódicos, la cual habrá de verificarse sin pérdida de tiempo.

ART. 10. Devuelto el expediente por la Comisión de Monumentos, con su informe, a la Comisión municipal Permanente, y dada cuenta de ello por el Secretario del Ayuntamiento en la primera reunión inmediata de dicha última Comisión, ésta acordará que se interese de las Reales Academias de la Historia y Sección de Arquitectura de la de Bellas Artes de San Fernando sobre la conveniencia de conservar el monumento por su valor arqueológico o tradicional, y, en su caso, acerca de las obras que debieran practicarse para su conservación, tanto si éstas fueran de carácter meramente de consolidación del monumento como de restauración de los elementos artísticos y decorativos del mismo.

En la comunicación que se dirija a las citadas Corporaciones se les invitará a que evacuen su informe con la brevedad posible, a fin de que pueda ser ultimado el expediente en el plazo de cuatro meses señalado en el artículo 20.

ART. 11. Cumplido que fuera lo dispuesto en el artículo anterior, la Comisión municipal Permanente acordará en la primera sesión que celebre, inmediatamente después, que se remita el expediente, con los antecedentes e informes al mismo aportados, al Ayuntamiento Pleno, acompañado de una Memoria, que redactará el Secretario, sobre la conveniencia de la conservación del monumento, o, por el contrario, de las razones que hubiera para desestimar la solicitud de aquella declaración, según la resultancia del expediente.

ART. 12. Lo dispuesto en los artículos 2.º, 3.º, 4.º, 5.º, párrafo segundo del 9.º, 10 y el precedente, se aplicará también, en las modificaciones que fuesen pertinentes, cuando la solicitud a que se refiere el artículo 1.º tuviere por objeto denunciar obras inoportunas, ya de reparación y sostenimiento del monumento, ya de restauración del mismo, o bien la necesidad de practicar las que se consideren necesarias para evitar la destrucción de aquél; y lo mismo en el caso de que la denuncia hubiese sido hecha por la Comisión municipal de Monumentos, en virtud de las atribuciones de la misma, señaladas con la letras *c* y *d* del artículo 8.º

En este último caso, la Comisión informará a la vez en su escrito de denuncia respecto a la clase de obras que se consideren inoportunas, y de las que, por el contrario, se estimen convenientes o necesarias.

ART. 13. Sin perjuicio de lo que las Ordenanzas municipales establecieren respecto a la necesidad de obtener permiso por todo propietario, sea éste una persona física o jurídica, española o extranjera, para realizar obras en los edificios de su propiedad situados en la población, estarán además, especialmente, obligados a poner en conocimiento del Ayuntamiento las que pretendiera hacer en aquellas de su pertenencia que, por su carácter típico o sus condiciones arquitectónicas, están generalmente consideradas como de valor histórico o tradicional, sin que pueda, en

en ningún caso, dar principio a ellas sin la previa autorización del Ayuntamiento, por el cual se señalarán las condiciones a que indefectiblemente habrá de ajustarse en la realización de aquéllas.

ART. 14. El Ayuntamiento deberá impedir la demolición de los monumentos artísticos o históricos de la ciudad y las obras de reparación que modifiquen su estilo arquitectónico, siempre que el propietario del monumento no hubiera obtenido previamente para ello la autorización correspondiente del Ayuntamiento. Para conceder o negar esta autorización, el Ayuntamiento se atenderá a lo preceptuado en el artículo 12.

También se observará por el Ayuntamiento lo dispuesto en dicho artículo en la concesión para obras de consolidación de elementos constructivos y restauración de los artísticos y decorativos, debiendo ordenarse inmediatamente la suspensión de las mismas cuando el propietario del monumento no se ajustase en la realidad de ellas a las condiciones que por la Corporación municipal se le hubiera fijado.

A los efectos del presente artículo y del anterior, el Ayuntamiento cuidará por medio de su personal facultativo, que las obras se ejecuten con sujeción al expresado condicional, pudiendo obligar al propietario del monumento al cumplimiento de aquél.

ART. 15. En ningún caso se variará o cambiará por otro el nombre de las calles que recuerden un hecho histórico o una antigua tradición o leyenda.

ART. 16. Cuando la necesidad de practicar reformas en calles típicas impongan la de derribar o retocar fachadas de edificios existentes en dichas calles que por su carácter típico y tradicional o su valor histórico merezcan ser conservados, no se ejecutarán las obras proyectadas sin previo informe de la Comisión municipal de Monumentos y cumplimiento de los demás trámites prevenidos en el artículo 10.

ART. 17. Será aplicable a los edificios artísticos o históricos municipales, hayan sido o no declarados tales, lo dispuesto respecto a los declarados monumentos nacionales, en el artículo 104 del Reglamento de obras, servicios y bienes municipales de 14 de febrero de 1904.

ART. 18. La resolución definitiva de estos expedientes corresponde exclusivamente al Ayuntamiento Pleno.

El Alcalde, por su propia iniciativa, o por acuerdo de la Comisión municipal Permanente, podrá convocar a sesión extraordinaria cuando la necesidad de resolver dichos expedientes dentro del plazo de cuatro meses, señalado en el artículo 20, así lo demandare.

También podrá solicitar dicha sesión extraordinaria la mitad más uno de los Concejales que compongan el Ayuntamiento.

La convocataria y demás particulares referentes al caso, se regirá por lo establecido en el artículo 128 y siguientes del Estatuto Municipal.

La ejecución de los acuerdos recaídos corresponde al Alcalde.

ART. 19. Los indicados acuerdos causarán estado en la vía gubernativa, y contra ellos sólo cabrá la acción de que habla el artículo 257 del Estatuto Municipal en el caso a que dicho artículo se refiere.

ART. 20. El Ayuntamiento habrá de resolver en definitiva estos expedientes en el plazo máximo de cuatro meses. Este plazo se contará desde la fecha de la presentación de la instancia solicitando la declaración de monumento histórico o artístico, o la realización de obras en el mismo a que se hace referencia en los artículos 12, 13 y 14. Transcurrido dicho plazo sin haber sido resuelto el expediente, se tendrá por concluso éste y por hecha la declaración solicitada, o por denegada la autorización para las obras que se hubieran solicitado por el propietario del monumento. Por el contrario, se tendrá por concedida dicha autorización cuando las indicadas obras hubieran sido propuestas por la Comisión municipal de Monumentos.

ART. 21. Tanto en el caso de haberse hecho la declaración de monumento histórico o artístico, por acuerdo expreso del Ayuntamiento, como en el de que esa declaración hubiera de considerarse hecha como consecuencia del transcurso del plazo señalado en el artículo anterior, la expresada declaración llevará aneja la de utilidad pública de la conservación del monumento a los efectos, en su caso, de la expropiación forzosa.

ART. 22. También llevará aneja esta declaración la concesión en favor del Ayuntamiento de todos los derechos, atribuciones y facultades que para la conservación de los monumentos declarados nacionales otorguen las disposiciones vigentes sobre estos monumentos y Comisiones provinciales de monumentos históricos o artísticos.

ART. 23. El Ayuntamiento Pleno acordará, siempre que las circunstancias lo demandaren, lo procedente para la conservación, mejora y custodia de los monumentos artísticos o históricos, bien de su propiedad o de las de otras Corporaciones o particulares, en armonía con lo prevenido en los números 18, 25 y 26 del artículo 150 del Estatuto Municipal.

ART. 24. Si llegara el caso a que se refiere el artículo 103 del mencionado Reglamento de obras, servicios y bienes municipales, además de lo que en el mismo se dispone, se aplicarán las disposiciones contenidas en el título III de dicho reglamento, a cuyo efecto se considerará comprendido este servicio en las obras que enumera el artículo 180 del Estatuto Municipal.

ART. 25. También podrá el Ayuntamiento reunido en Pleno, una vez hecha expresa o tácitamente, según lo preceptuado en el artículo 20, la declaración de monumento histórico o artístico, acordar la adquisición de éste y convenir con el propietario del mismo el precio y la forma de pago.

ART. 26. En el caso del artículo anterior podrá verificarse, desde luego, la ocupación del monumento y el pago del precio del mismo con cargo al crédito figurado para estos fines en el artículo 8.º, capítulo 10 (Instrucción pública) del presupuesto de gastos, de conformidad con lo prevenido en el número 2.º del artículo 293 del Estatuto Municipal, con relación con lo preceptuado en los números 18, 25 y 26 del artículo 150 del mismo Cuerpo legal. Si dicho crédito estuviere agotado o fuese insuficiente, y a juicio de la Comisión municipal de Monumentos o de la Permanente del Ayuntamiento fuera conveniente la inmediata resolución del asunto, podrá verificarse aquel pago con cargo al crédito figurado en el artículo 2.º, capi-

tulo II (Obras públicas) de dicho presupuesto, y si también este crédito se hallare agotado o fuera insuficiente, podrá el Alcalde convocar sesión extraordinaria del Ayuntamiento Pleno para acordar, de conformidad con lo preceptuado en el artículo 11 del citado Reglamento de la Hacienda Municipal, la habilitación o suplemento por transferir del total o de la parte del crédito que se necesitara para la realización del expresado pago.

ART. 27. También podrá convenir el Ayuntamiento con el propietario del monumento el pago del precio de éste en dos o más anualidades, y, en este caso, aquél consignará en sus respectivos presupuestos de gastos y en el capítulo correspondiente de conservación de monumentos (artículo 8.º, capítulo 10 Instrucción pública) la cantidad que en cada año haya de destinarse a satisfacer la expresada obligación, en consonancia con lo prevenido en el número 2.º del artículo 293 y lo ordenado en el número 1.º del artículo 296 del Estatuto Municipal y el artículo 1.º del mencionado Reglamento de la Hacienda Municipal.

ART. 28. Cuando alguna persona o entidad desee derribar un edificio que por su carácter típico o tradicional estuviera considerado generalmente como digno de ser conservado o respecto del cual esté incoado expediente para obtener la declaración de monumento histórico o artístico municipal, podrá adquirirlo el Ayuntamiento a virtud del derecho de tanteo, ya en cuanto a la totalidad del inmueble, ya sólo de los elementos artísticos que lo integren.

Para el ejercicio del expresado derecho de tanteo se observará precisamente lo dispuesto en esta ley acerca de las obras que se quisieren practicar en dicha clase de edificios o hubiera necesidad de practicar en ellos cuando éstos no fueran de la propiedad del Ayuntamiento.

Asímismo se observará lo prevenido en la presente ley respecto a los fondos con que en el caso a que el presente artículo se refiere hubiere que destinar al pago del edificio o elementos artísticos antedichos.

ART. 29. Sólo para el caso de que la cantidad que hubiere que pagar por la adquisición del monumento excediese de la disponibilidad del presupuesto de gastos y no dispusiera de ningún otro medio para hacer efectiva aquella cantidad, y a juicio de la Comisión municipal de Monumentos o de la Permanente del Ayuntamiento fuera urgente o conveniente para los intereses del Municipio dicha adquisición, podrá el Ayuntamiento formar un presupuesto extraordinario con dicho objeto en la forma que determina el artículo 298 del Estatuto Municipal, en cuyo párrafo 2.º se considerara al efecto comprendido este servicio.

También, y por excepción y absoluta imposibilidad de hacer el pago del monumento por otro medio alguno, podrá el Ayuntamiento hacer uso para el fin indicado de la facultad concedida por el artículo 539 del citado Estatuto, guardando las formalidades establecidas en el mismo Reglamento de la Hacienda Municipal.

ART. 30. Siendo obligación terminantemente impuesta a los Ayuntamientos, así por el Estatuto como por el Reglamento sobre obras, servicios y bienes municipales, la de velar por la conservación de los monumentos históricos y artísticos de sus respectivos distritos, procurarán por todos los medios que estuvieren a su alcance que no sufran aquéllos menoscabo de ninguna clase, bien

sean dichos monumentos de las expresadas Corporaciones o bien de otras o de particulares.

En su virtud, no bien llegue a su conocimiento que alguno de esos bienes estuvieren amenazados de sufrir desperfectos, ya por la acción del tiempo, ya por la mano del hombre, adoptará las medidas oportunas que los técnicos del Ayuntamiento aconsejaren para evitar de momento dichos desperfectos, de conformidad con lo preceptuado en el artículo 4.º, o, en su caso, la destrucción de aquél, cumpliendo lo prevenido en el artículo 14, poniéndolo además en conocimiento de la Comisión municipal de Monumentos para que ésta informe sin pérdida de tiempo acerca de las medidas de carácter permanente que hayan de adoptarse para la seguridad y conservación del momento.

En estos casos, si el monumento fuera de la propiedad del Ayuntamiento, éste acordará, con la premura que las circunstancias demanden, la ejecución de las referidas obras de carácter provisional como las de carácter permanente, observando para su ejecución lo que determina para casos análogos el Estatuto y los correspondientes reglamentos y lo establecido en esta ley, y, si el monumento fuese de propiedad de otras Corporaciones o de particulares, realizando lo que en la presente ley se previene en cuanto a las obras de carácter provisional o de mero sostenimiento, como respecto a las de consolidación de elementos constructivos.

Respecto a las de restauración de los artísticos y decorativos, no podrá en ningún caso llevarse a efecto si el monumento fuese de la propiedad del Ayuntamiento sino con sujeción a lo prevenido en la presente ley, y si el monumento fuere de propiedad particular, sin la autorización del Ayuntamiento, concedida previo cumplimiento de los mismos requisitos antedichos y lo prevenido en el artículo 13.

ART. 31. El Estado subvencionará al Ayuntamiento con una cantidad que no podrá exceder del 25 por 100 del importe de la adquisición del inmueble o de las obras de restauración o reconstrucción de éste, previa la declaración de monumento histórico o artístico municipal hecha con los requisitos prevenidos en la presente ley.

ART. 32. La adquisición de estos bienes por el Ayuntamiento, ya se verifique a virtud de expropiación forzosa, ya por convenio particular, gozará de la exención del impuesto sobre Derechos reales y transmisión de bienes concedida por la ley de 18 de marzo de 1895 sobre saneamiento y mejora de las poblaciones.

También se considerarán comprendidos, a los mismos efectos, entre los bienes exentos del impuesto sobre los bienes de las personas jurídicas con arreglo a lo dispuesto en el artículo 193 del Reglamento para la administración y recaudación de los impuestos sobre Derechos reales de 20 de abril de 1911, considerándolos, al efecto, incluidos en el artículo 14 de la ley de 29 de diciembre de 1910.

ART. 33. Si para la reconstrucción de los monumentos históricos o artísticos municipales hubiere necesidad de transportar por ferrocarril algunos materiales con destino a las indicadas obras, se observará lo dispuesto en el artículo 7.º de la ley de 4 de marzo de 1915 sobre monumentos artísticos e históricos nacionales.

ART. 34. En las actas de las sesiones del Ayuntamiento Pleno en que se hubiera hecho la declaración de monumentos históricos o artísticos, se consignará el

nombre de la persona o entidad que haya solicitado dicha declaración, y también, en su caso, el de aquellas entidades o particulares que, con sus informes y trabajos u otros actos reveladores de su patriotismo y su amor a las bellas artes y a los estudios arqueológicos, hubieran contribuido eficazmente a la mencionada declaración. Si ésta hubiera recaído a virtud del silencio administrativo, podrá también hacerse constar aquellos particulares en otra cualquiera acta del Ayuntamiento Pleno a petición de cualquier español residente o no en el Municipio.

Cuando esas actas fueren de indiscutible importancia por razón de la del monumento, y haber sido éste transferido al Ayuntamiento por título gratuito, podrá también acordarse por el Pleno del Ayuntamiento que se solicite del Gobierno una distinción puramente honorífica en favor del transferente o, en su caso, de alguno de sus derecho-habientes.

ART. 35. Cuando por morosidad, falta de celo o ignorancia inexcusable de los técnicos o de los individuos de la Corporación municipal que, según lo preceptuado en esta ley, han de intervenir en la tramitación de los aludidos expedientes, se diera lugar a que el monumento sufriera daños irreparables o de reconocida importancia, se impondrá a los primeros una corrección, que se hará constar en sus expedientes personales, consignándose, en cuanto a los segundos, a petición de cualquier habitante en el término municipal, varón o hembra, en el acta de la sesión del Ayuntamiento en que se hubiera hecho la petición y por éste se hubiera accedido a ella, el desagrado con que la Corporación municipal hubiese visto su proceder.

CONCLUSIÓN

Al igual que nuestros antiguos histriones decían al dar fin al espectáculo, decimos nosotros ahora: nuestra labor ha terminado.

Quizá hayamos pecado de extensos; pero es que, al hablar de monumentos artísticos, históricos, tradicionales, típicos, nuestra imaginación se exalta, nuestro corazón palpita y, sin querer, dejamos correr la pluma emborronando cuartillas y más cuartillas.

Para la mayoría de los hombres, como para la de las familias y también la de las asociaciones de aquéllas, por rara excepción, dejará de traer a su memoria la contemplación de determinados objetos pertenecientes a sus antecesores, gratas remembranzas de éstos y de los días que pasaron, o de ser motivo, las más de las veces, de legítimo orgullo, y menos, mucho menos todavía, dejar de ser para los pueblos celosos de su honor y de su historia los monumentos arqueológicos que les legaron sus antepasados como sellos incuestionables de las grandezas de éstos y timbres elocuentes de su gloria, inestimables reliquias dignas de veneración, faros brillantes que alumbran las oscuras reconditeces de la Historia, testimonios fidedignos de la habilidad de eximios artífices, pregoneros veraces del alto sentir de insignes varones, testigos reales o supuestos de hechos memorables o de más o menos fantásticas aventuras, puente firme tendido sobre los abismos de lo que fué y lo que es, expositores verídicos de la psicología de la época en que fueron levantados, narradores insuperables de misteriosas leyendas o ingenuas tradiciones...

Vosotros, ¡oh, venerables vestigios de pretéritas generaciones!, a diferencia de las angustias en que anegan nuestro ánimo las amargas zozobras del oscuro porvenir y las inevitables y dolorosas decepciones del presente, traen a nuestro espíritu dulces rememoraciones de personas y hechos que son para nuestra alma como plácido remanso en las alborotadas aguas del mar de la vida.

¡Llor a los pueblos que, velando por la conservación de esos venerandos documentos acreditativos de la piedad, del civismo, del saber o de la generosidad de los que nos los legaron, honran a éstos y se honran con ello a sí mismos!

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Propagandas actuales (conferencias sociales).

El derecho de huelga (folleto).

Almería y los puertos marroquíes. (Premiada en los Juegos Florales celebrados en Almería el 26 de agosto de 1920.)

La mendicidad en Madrid. (Premiada por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en el concurso convocado en abril de 1922.)

PRÓXIMA A PUBLICARSE

La emigración de los campos a las ciudades: sus causas y remedios. (Premiada por la Real Sociedad Económica Matritense y de Amigos del País.)

EN PREPARACIÓN

El Comunismo contemporáneo.